
3 1761 09545990 5

29 … de 1885.

I

Milton A. Buchanan
Madrid 1910

subject pronoun (pote…, solemne) …



2 pls

GRITOS DEL COMBATE

POESÍAS

DE

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1875

PREFACIO.

I.

Accediendo á las reiteradas instancias de algunos amigos mios, me he determinado á coleccionar, con el título de *Gritos del Combate*, los versos que bajo la impresion de dolorosos y trascendentales sucesos, y en medio del fragor de la lucha, he escrito durante estos últimos años, acaso los más perturbados y revueltos de nuestra siempre revuelta y perturbada historia.

Tal vez parezca á algunos extemporánea la publicacion; pero yo no escojo el momento; las circunstancias me le brin-

dan, y no quiero desaprovechar la ocasion que se me ofrece de saldar mis cuentas atrasadas con la revolucion y con mi conciencia.—Más lastimado por el espectáculo de las miserias humanas que por la violencia de los sucesos; triste, desengañado y abatido, siento cierta especie de melancólico orgullo en mirar desde las regiones de la poesía los desvaríos, las impurezas, el rebajamiento moral de esta época, tan exhausta de caractéres viriles como de virtudes cívicas. ¡Ay pobre musa mia! Tú no estuviste ciega. Viste con claridad y desde muy léjos que no era posible cimentar nada sólido y permanente en el fango agitado de nuestras costumbres públicas, y estuviste en lo cierto, cuando en Enero de 1866, al estallar los primeros chispazos del incendio que nos ha consumido, exclamaste con previsora indignacion :

No esperes en revuelta sacudida
alcanzar el remedio por tu mano,
¡oh sociedad rebelde y corrompida!
Perseguirás la libertad en vano,
que cuando un pueblo la virtud olvida
lleva en sus propios vicios su tirano (1).

Tampoco te equivocaste cuando en Abril de 1868, es decir, seis meses ántes del alzamiento de Cádiz, exponias en una lectura pública celebrada en el *Ateneo catalan*, con motivo de los *Juegos florales*, tus dudas é inquietudes sobre nuestro estado, y espantada ante el grosero materialismo de nuestra edad descreida, me empujabas hácia la soledad, de la cual ¡ojalá nunca hubiera salido! (2).

Pero las corrientes de la opinion, en-

(1) Soneto *A España*, pág. 63.

(2) *Ln Duda*, Epístola á D. Antonio Hurtado, página 64.

tónces irresistibles, la actitud unánime de mi partido, y el temor de que mis juicios y recelos no se fundaran en la realidad de las cosas sino en el desabrimiento de mi carácter, algun tanto huraño, me arrancaron del retiro en donde vivia, consagrado exclusivamente al restablecimiento de mi salud quebrantada. La revolucion surgió de la noche á la mañana; el pueblo de Barcelona, á pesar de mi alejamiento y honrándome más de lo que yo merecia, se acordó de mi nombre, casi desconocido; eligióme individuo de su Junta y me encomendó el gobierno de la provincia en aquellos difíciles y angustiosos dias. No sé si cumplí mi encargo á satisfaccion de todos; lo que sí sé,—y por ello doy gracias al cielo,—es que en el tiempo que ejercí el mando, no se malgastó, como en otras partes, un solo céntimo del Erario público en expansiones revolucionarias, no

se cometió atropello alguno, ni se derramó una sola gota de sangre. Llamado á Madrid, recibí el encargo de redactar el *Manifiesto* de 26 de Octubre de 1868, en el cual el Gobierno de la nacion expuso sus aspiraciones liberales, sus propósitos de reorganizacion política, é hizo por primera vez declaraciones terminantes y solemnes en favor de la monarquía. Pertenecí más tarde á las Córtes Constituyentes; voté, sin vacilaciones hipócritas ni reservas mentales, la libertad religiosa con todas sus consecuencias; contribuí á la eleccion del rey D. Amadeo de Saboya; aprobé ó rechacé, segun mi leal saber y entender, las reformas que entónces se propusieron, y formé parte, así en la próspera como en la adversa fortuna, de la fraccion en que figuraban los elementos más templados de la revolucion de Setiembre, si no siempre convencido, al ménos siempre disciplinado.

Elegido tambien diputado para las primeras Córtes ordinarias del reinado de Don Amadeo de Saboya, y las siguientes, trabajé, luché, hice cuanto pude con el fin de que se mantuviera en aquellas críticas y azarosas circunstancias la conciliacion de los partidos que habian levantado la nueva monarquía. No soy orador; ni mis condiciones físicas, ni mi genio retraido, ni mis inclinaciones literarias me han permitido jamás terciar en esas ruidosas luchas de la palabra, tan vivas, tan ardientes, tan apasionadas, y algunas veces tan desastrosas. Pero en la prensa, en mis conversaciones amistosas, en las conferencias políticas, donde quiera que mi voz podia ser oida, excitaba á la concordia, y señalaba los peligros de una ruptura que irremisiblemente habia de causar la perdicion de todos y el aniquilamiento de la patria. ¿Qué podia yo hacer, sin embargo,

contra la conjuracion de intereses bastardos, ambiciones impacientes, envidias implacables y apetitos desordenados, agrupados y fundidos para aquella obra de destruccion y vergüenza? Hombres más autorizados que yo, oscuro soldado de filas, voluntades más firmes que la mia y en más altas esferas colocadas, pretendieron en vano oponerse al vértigo que se habia apoderado de los partidos, y poner un dique á aquella corriente desbordada de malas pasiones. Todo fué inútil: la catástrofe sobrevino, y desde aquel momento la revolucion de Setiembre no fué más que una locura. De intemperancia en intemperancia, de caida en caida, hiriendo ciegamente los sentimientos más respetables, dislocando ó disolviendo las fuerzas de resistencia, atreviéndose á los mayores absurdos, rodó, causando estragos, hasta el fondo del precipicio, como el alud que desciende de las

cumbres; entregó la nacion atónita y desarmada á las febriles sacudidas de la demagogia; robusteció con los desesperados y ofendidos las mermadas huestes carlistas, y despues de habernos hecho pasar por los asesinatos de Alcoy, por las ignominias de Barcelona, por los delirios sacrílegos de Cádiz, por los crímenes de Cartagena, y las más increibles saturnales parlamentarias; cuando el terror habia invadido todas las conciencias y el sentimiento del peligro debilitado el amor de la libertad en todas las almas, acabó ¡digno término de su extraviada vida! por ponernos, con general alegría, á merced de las sediciones y de los golpes de Estado.

II.

Durante este período calamitoso, escribí, como he dicho, las poesías que hoy reuno y colecciono, excepto algunas, muy pocas, de distinta índole, que son de tiempos anteriores, y que he incluido en el tomo para darle variedad y huir de la monotonía. Engendradas y nacidas al calor de contínuas turbulencias, palpita en estas composiciones la pasion que ha conmovido mi ánimo en las varias alternativas del combate; la cólera, la ironía, el desaliento, la alegría del triunfo, la amargura de la derrota, y raras veces, los arrebatos de la esperanza: mi lira no tiene esa cuerda. Lanzado desde muy niño en las agitaciones de la vida pública, sobrecogido por los árduos problemas políticos,

sociales y religiosos que ha planteado nuestro siglo sin haber podido resolverlos hasta ahora, y cegado por el polvo de las ruinas que incesantemente van cubriendo el suelo de Europa, ¿es, por ventura, extraño que la duda, la duda oscura y dolorosa, se haya infiltrado en mi corazon y en mi inteligencia? ¡He visto tanto en el áun no largo espacio de mi vida! Tronos caidos y levantados, instituciones arrolladas y luégo restablecidas, revoluciones perturbadoras, pero fugaces, como cuanto es violento, todo ha pasado ante mis ojos con rapidez asombrosa, y siempre para dejarme ver el mismo resultado: la reaccion atropellada por la anarquía, la anarquía devorada por la reaccion; la libertad, nunca. ¡Ay! Este estado de exaltacion contínua, apagando las creencias, trastornando los sentimientos y envileciendo los caractéres, ha hecho de nuestro pueblo, en otro tiempo

tan espontáneo y animoso, una masa humana confusa, informe, indiferente, escéptica, en la cual sólo sobresale el egoismo. Si es cierto que no ofrece resistencias, tambien lo es que ya no tiene arranques; se deja llevar por donde quieren llevarle, y como las olas de un rio, va empujado por la corriente, ó lo que es lo mismo, por la fuerza de la costumbre, indolente, taciturno, sin calor, ni entusiasmo.

Convencido de que todos los esfuerzos, así los más débiles como los más vigosos, son necesarios para arrancar á nuestra patria de su postracion moral, he procurado cumplir con este deber de conciencia hasta donde me ha sido posible en la pequeñez de mis facultades intelectuales. Mas sería inútil querer animar el espíritu entumecido de las naciones que á tal extremidad han llegado con abstracciones deslumbradoras, por desgracia, baldías, y

pueriles ilusiones, nunca realizadas; hay que hablarlas el lenguaje de la verdad, áspero y desabrido, apelar á su instinto de conservacion, y para sacarlas de su atonía, penetrar, haciéndolas sangre, hasta los más ocultos repliegues de su incredulidad y su egoismo. Esto es lo que he intentado en algunas de mis obras dramáticas y en casi todas mis composiciones líricas. He señalado los peligros y funestas consecuencias de ciertas ideas que el pueblo admite sin reflexion, porque le halagan y adulan; he inculcado el respeto y la obediencia á las leyes, como el medio más eficaz y seguro de afianzar las libertades conquistadas, y en nombre del derecho, he combatido siempre la corrupcion de arriba y la licencia de abajo. Recordando las austeras enseñanzas de la historia, que es, por decirlo así, el cuadro patológico de la humanidad, donde se ven sus enfer-

medades y se estudian sus síntomas, he repetido en todos los tonos que, cuanto más adelantada está una sociedad en la senda de los progresos materiales, tanto más fácil es que caiga en la abyeccion, en la demencia y en la tiranía, si pierde el sentido moral y las virtudes públicas la abandonan; porque cuando los dioses se van, no se van solos: la dignidad humana los acompaña. Francia y España, donde desgraciadamente todo es posible y todo es efímero, son vivo ejemplo de esta verdad trivial, pero olvidada; pueblos sin ideal, marchan al azar, haciendo siempre tentativas infructuosas, cambiando á cada instante de postura sin hallar ninguna que mitigue sus dolores, devorados por la fiebre, consumidos por la impotencia, faltos de energía para salvarse, porque no tienen fé; sin resignacion para sufrir su suerte, porque no tienen esperanza. Estos prin-

cipios han sido el constante tema de mis cantos en medio de las más alegres expansiones de la muchedumbre y de sus más ruidosos triunfos, lo cual me ha valido por parte de muchas personas la calificacion de poeta hipocondriaco, misántropo, aficionado á los cuadros sombríos y hasta algun tanto enemigo de la libertad; ¡de la libertad, que ha sido y es el más profundo amor de mi vida!

Tampoco ha faltado quien, bajo el punto de vista exclusivamente estético, haya censurado el carácter de mis trabajos literarios y sostenido con argumentos muy atendibles, que el arte no debe descender desde su altura á las ingratas realidades de la vida, ni ménos mezclarse en las rudas y tumultuosas discusiones de la plaza pública. Quizás tengan razon los que en este sentido me han criticado; pero respetando su juicio, séame lícito sostener el mio, que es, sobre

cuestion tan árdua y compleja, no sólo distinto, sino diametralmente opuesto. Seré muy breve en la exposicion de mi doctrina literaria.

III.

Muchas veces, considerando los primores de forma á que ha llegado nuestra poesía contemporánea, tan rica en versos melodiosos, en brillantes imágenes y elegantísimos giros, he tratado de inquirir las causas del disfavor, ó más bien, del desvío con que el público la mira, y no he acertado á darme explicacion precisa y convincente de este fenómeno. ¿Será acaso por que el siglo actual, esencialmente analítico, materializado y frio, rechace las inspiraciones del sentimiento y condene los vuelos de la fantasía? Difícil es que la

historia registre en sus anales un siglo tan entregado á los caprichos de la imaginacion como el nuestro. En ciencias, en filosofía, en política, todas son hipótesis más ó ménos aventuradas, cálculos más ó ménos probables, sistemas ingeniosos en los cuales entra quizás tanta cantidad de invencion como de observacion. Vivimos en el siglo de las utopias, y la utopia es hermana menor de la poesía; es como ésta, hija de las musas. En nuestra edad no son los poetas, propiamente dichos, los que más han soñado. Los delirios de Fourrier y de Saint-Simon; las atrevidas paradojas de Proudhon y de Stuart-Mill; la doctrina de la evolucion natural, dirigida por leyes fatales, y aplicada por Herbert Spencer al desarrollo de la humanidad para hacer inútil la intervencion de la Providencia; las concepciones maravillosas de Kant, Hégel, Krausse y

toda la pléyade de filósofos alemanes, que tan poderoso influjo han ejercido y ejercen todavía en las artes, la literatura y la política del mundo; las conjeturas de todos los naturalistas, empeñados en arrancar á la noche de los tiempos el secreto misterioso de nuestro orígen, y los trabajos del prehistoricismo, que intenta reconstruir lo desconocido, descifrar lo indescifrable y llegar por medio de deducciones sutiles á los últimos términos de lo pasado, cada vez más distante y oscuro, ¿son otra cosa más que sueños sublimes, donde las verdades se mezclan con las ficciones, y ante cuya grandeza, sino convencido, se detiene, por lo ménos, atónito el pensamiento? El magnetismo, la frenología, el espiritismo, los trípodes parlantes, los sombreros giratorios, las más inverosímiles fábulas y las creencias más extravagantes han dado en nuestros dias la vuelta al mundo, á pesar

del escepticismo que le devora, ó más bien, á causa de este mismo escepticismo; porque en el cerebro humano hay un hueco donde reside la fé religiosa, y cuando esta virtud le desaloja, huyendo á los cielos, la naturaleza que en el órden moral como en el físico tiene, segun la frase vulgar, horror al vacío, le llena con el absurdo. Pero sin ir tan léjos, sin apartarnos del terreno más humilde de la literatura, ¿hay motivo, ni pretexto siquiera, para acusar de prosáica á una centuria en la cual han resplandecido, como grandes constelaciones, Göethe y Schiller, Byron y Shelley, Víctor Hugo y Lamartine, Manzoni y Leopardi, Quintana y Espronceda, Almeida Garret y Herculano? No: sería injusto, por tanto, atribuir á causa tan fútil la decadencia de la poesía española; otras razones existen que la explican mejor, y entre ellas, la más exacta y valedera es, en

mi concepto, la que voy á permitirme exponer, sin explanarla, en defensa propia.

La poesía es seguramente la más alta revelacion del arte, y sin embargo, es la más pobre y ménos libre en sus manifestaciones externas. Aventájanla, la escultura, en la severidad y firmeza de las líneas; la pintura, en la expresion y el colorido; la música, en la armonía y en la vaguedad del sentimiento; pero, en cambio, supera á todas en la elevacion, amplitud y sublimidad de sus concepciones. El pensamiento humano, más ó ménos cohibido en las demás artes, tiende sus alas con holgura en los espacios infinitos de la poesía: no se siente encadenado por la piedra, el lienzo ni el sonido. Cuando desconociendo su potencia intelectual y creadora, se cuida más de la forma que del fondo, y pretende competir con sus hermanas en la belleza plástica y armónica,

la poesía desfallece y decae, porque no dispone del cincel, de la paleta ni del instrumento musical; la materia se le escapa de entre las manos; quiere sujetarla, y abraza el vacío. La poesía, para ser grande y apreciada, debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño á cuanto le rodea, y siempre lo mismo. Es preciso que remueva los afectos más íntimos del alma humana, como el arado remueve la tierra: abriendo surcos. Y cuanto más ahonde; cuanto más penetre y encarne en las entrañas de un pueblo y de una época, tanto más estimada será, más sentida y ménos disputada su influencia. Dante se apodera del alma de su siglo, de sus rencores teológicos, de sus venganzas y amores políticos, y por espacio de más de cien años hace á todas las artes tributarias de su

genio. La arquitectura, la pintura y hasta la música misma buscan en él sus inspiraciones, y en los albores del Renacimiento, á pesar de la corriente irresistible de la antigüedad pagana, que entónces lo arrolla todo, las gigantescas obras de Miguel Angel parecen animadas todavía por el espíritu del gran poeta.

Ahora bien: ¿es posible que una nacion tan profundamente trabajada como la nuestra, donde todo está en tela de juicio; herida, desangrada, calenturienta, y, ¿por qué no decirlo? estragada y corrompida, se satisfaga y entretenga con la oda ampulosa, sin sentido ni objeto, puramente imaginativa, artificial, rumorosa como la onda y el aire? Los hechos parecen demostrar lo contrario. No creo tampoco que distraigan sus penas ni exciten su curiosidad dormida esas arcáicas reproducciones, frias como el retrato de un

muerto, de nuestros tiempos gloriosos y caballerescos, con sus galanes pendencieros, sus damas devotas y libidinosas y su ferviente misticismo entreverado de citas y cuchilladas. Y pienso que todavía han de conmoverle ménos esos suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados, con los cuales expresa nuestra adolescencia poética sus desengaños amorosos, sus ternuras malogradas y su prematuro hastío de la vida. Mayores estímulos necesita nuestra sociedad para volver los ojos á la abandonada y solitaria musa lírica, más vigorosos sacudimientos para despertar sus dormidas emociones; que cuando, como los viejos gastados y viciosos, busca en los espectáculos públicos sólo el halago de los sentidos ó los acicates de la concupiscencia, el baile desordenado de las bacantes, la bufonada irrespetuosa de los incrédulos y

la exposicion de mujeres más ó ménos desnudas, pero siempre poco vestidas, no ha de satisfacerse con esos cánticos de la poesía vagos, arqueológicos ó infantiles. Y aunque se satisficiera, ¿debe ser esta la mision del arte en los tiempos de lucha incesante que alcanzamos, cuando todo oscila, cae ó se trasfigura bajo el ariete de nuevas ideas, cuando no le es permitido á ninguna manifestacion del entendimiento humano permanecer impasible y neutral ante las graves y trascendentales cuestiones que se ventilan en el seno de las sociedades modernas? La glacial indiferencia del público responde á mi pregunta y resuelve de plano el problema. No es menester decir más.

Y cuenta que no es esto condenar en absoluto esos géneros líricos que tienen incontestables bellezas, y en los cuales tanto se han distinguido y se distinguen

todavía inteligencias peregrinas, gloria y ornamento de las letras pátrias. Lo que censuro es el carácter general de nuestra poesía, ó mejor dicho, el predominio que ejercen en ella, por la fuerza de la rutina ó porque es más fácil dilatar el vuelo por los mundos brillantes de la imaginacion, que descender á los oscuros y muchas veces dolorosos abismos de la reflexion, esas inspiraciones indeterminadas, sin pensamiento ni alcance, que nada dicen y á ninguna parte van, llenas de galas y adornos, como esas pobres doncellas muertas á quienes se atavía y corona de flores para conducirlas al campo santo.

Bien sé que no todos los poetas siguen el camino trillado, y algunos hay á quienes sinceramente admiro, que han roto el molde antiguo, y arrancado de su lira sones penetrantes, notas vigorosas y acentos llenos de la pasion que conmueve á

nuestro siglo. Son los ménos; pero la acogida benévola y afectuosa que el público les dispensa, agotando en poco tiempo las ediciones de sus obras, miéntras deja dormir en polvoriento olvido las de aquellos que no responden á las exigencias de nuestro estado social, político y religioso, parece revelar elocuentemente que no voy extraviado en mi juicio, y que la época presente reclama de sus poetas algo más que versos sonoros, imágenes deslumbradoras, recuerdos históricos y sentimientos de pura convencion.

Estas opiniones que sobre la naturaleza y fines del arte profeso y expongo en mi abono, explican la tendencia de la mayoría de mis composiciones líricas, que será equivocada y falsa; pero que nace de un profundo y arraigado convencimiento. ¡Ay! únicamente me aflige (porque, si en efecto, peco, me falta la voluntad para

arrepentirme), que la pobreza de mi ingenio no me consienta justificar con el ejemplo todos los fundamentos de mi doctrina. Mas si son verdaderos, la juventud que sigue nuestros pasos, ménos fatigada que yo, con más anchos y luminosos horizontes ante la vista, llegará á donde no alcanzo, y entrará en esa tierra de promision de la poesía que á mí sólo me es dable contemplar desde léjos, luchando con mi propia impotencia intelectual, decaido y desesperanzado.

IV.

¡Quiera Dios que logre además tiempos más bonancibles y no se vea, como nosotros, condenada á cantar en medio de los horrores de la guerra civil, ni oiga en sus largas noches de insomnio el estertor de la patria moribunda! ¡Quiera Dios que pueda

celebrar las conquistas pacíficas de la civilizacion, el afianzamiento de la libertad, la muerte de la anarquía, la regeneracion del espíritu público y las luchas fecundas del trabajo! Nosotros no tendremos esa fortuna. Nos ha tocado vivir en medio de los dos períodos más terribles y morbosos por que puede pasar un pueblo: la inflamacion y la supuracion; la revolucion y la podredumbre. Pero alguna vez el légamo revuelto volverá al fondo; alguna vez se cerrará la herida que ahora está abierta y destilando humores ácres; algun dia la luz del cielo disipará las sombras de nuestras conciencias oscurecidas. Entónces comprenderán los que tal ventura vean, que no es el desórden el camino de la libertad, ni se templan los caractéres en el yunque de la anarquía que todo lo degrada; las almas y los cuerpos.

No lo niego: miro la anarquía, que ha

desnaturalizado los generosos móviles de la revolucion, con horror invencible; pero se engañaria grandemente quien me creyese capaz de renegar de una sola de las legítimas conquistas que hemos hecho, á costa de tan duros sacrificios. Hoy, como ayer, defiendo la libertad religiosa, íntegra, sin mutilaciones hipócritas, con sus dos alas para volar por las esferas de la ciencia, la inviolabilidad de la cátedra y la del libro; hoy, lo mismo que ayer, afirmo y quiero la monarquía, no como una petrificacion de los tiempos antiguos, cubierta de vanos oropeles y rodeada de ceremonias humillantes, que han caido en desuso hasta en los imperios de Oriente, sino como una institucion moderadora, imparcial, vivificada por el espíritu del siglo, religiosa sin fanatismo, respetable y respetada; hoy, como siempre, defiendo la intervencion del país, legalmente repre-

sentado, en la direccion de los negocios públicos para que el progreso se cumpla y realice de un modo ordenado, regular, tranquilo, sin sacudidas ni violencias; para que siga su curso como esos rios caudalosos que fertilizan los campos por donde atraviesan, y no como esas inundaciones repentinas que, no sólo arrastran en su impetuosa corriente cuanto encuentran al paso, árboles, edificios, ganados y hombres, sino que esterilizan las tierras más productivas, cubriéndolas de arenas infecundas.

Pero sin querer me aparto del objeto que me habia propuesto, y ya es hora de poner término á este *Prefacio* que crece y se alarga bajo mi pluma más de lo conveniente. Diré, resumiendo, que la revolucion de Setiembre me deja, donde me encontró: algo más quebrantado; pero siempre el mismo. Entré en ella con des-

confianza y salgo sin remordimiento. No fuí de los que la iniciaron, no me conté con los que la torcieron, no me apresuro tampoco á imitar á los que la abandonan. En medio de sus triunfos, dije la verdad, no la adulé, no excité sus malas pasiones ni aplaudí sus excesos. Hoy tengo el derecho de hablarla en el mismo tono, y no podrá acusarme de ingrato, porque con ella caigo, sus responsabilidades acepto, y á nadie pido perdon de haberla seguido. Me resigno, sin ódio ni cólera, con mi suerte; si he acertado, el tiempo me hará justicia; si me he equivocado, absuélvame de mi error la oscuridad á que voluntariamente me condeno. Esperaré mejores dias sin prevenciones irreflexivas ni impaciencias interesadas, porque no pertenezco al número de esos hombres fáciles de todos los tiempos, que sólo saben hacer penitencia de sus culpas en las altas

posiciones del Estado, ó que se creen de buena fé, sin duda, con títulos bastantes para intervenir en todos los éxitos y tomar su parte de botin en todas las victorias.

Hechas estas aclaraciones, sólo me falta para terminar ofrecer mis respetos al público y recomendar mis versos á su inagotable benevolencia.

G. Nuñez de Arce.

9 de Marzo de 1874.



INTRODUCCION.

¡ Los tiempos son de lucha ! ¿Quién concibe
el ocio muelle en nuestra edad inquieta ?
En medio de la lid canta el poeta,
el tribuno perora, el sabio escribe.
Nadie el golpe que dá ni el que recibe
siente, á medida que el peligro aprieta :
desplómase vencido el fuerte atleta
y otro al rudo combate se apercibe.
La ciega multitud se precipita,
invade el campo, avanza alborotada
con el sordo rumor de la marea.
Y son, en el furor que nos agita,
trueno y rayo la voz ; el arte, espada ;
la ciencia, ariete ; tempestad la idea.

11 de Diciembre de 1874.

Á QUINTANA

EN CELEBRIDAD DE SU CORONACION.

Allá en la edad florida
de mi niñez serena,
cuando las leves horas de mi vida
resbalaban en calma,
y no ahuyentaba la ambicion ardiente
las doradas imágenes del alma;
mi buen padre, en aquella
tierna y dichosa edad, me referia
la página más bella
que hay en la historia de la patria mia.
Contóme cómo un dia
de eterno luto y duelo,
vino desde las márgenes del Sena
á posarse orgullosa en nuestro suelo
la águila altiva de Austerlitz y Jena;

cómo, en ardiente cólera encendido
el pueblo castellano,
combatió contra el genio y la fortuna;
y al escuchar tan peregrina historia,
bendije á Dios, que colocó mi cuna
en donde crece el lauro de la gloria.
Pobre niño inocente,
«¿quién, pregunté á mi padre, animar pudo
vuestro brazo nervudo?
¿Qué genio prepotente
despertó vuestro espíritu valiente?
¿Qué voz agitadora y soberana
mantuvo en vuestros pechos la energía?»
y mi padre llorando respondia:
«¡la voz del gran Quintana!
España en ese acento
palpitaba y gemia;
él era la expresion del pensamiento
de la nacion ibera,
el eco fiel de nuestras glorias era.»

. . . .

Desde entónces te amé; y este cariño
no huyó como las blandas ilusiones
que halagan siempre el corazon del niño.
Por eso hoy que en tu frente

brilla el lauro inmortal, genio profundo,
paréceme que veo
coronado el esfuerzo giganteo
con que el pueblo español asombró al mundo.

12 de Marzo de 1855.



LA GUERRA (1).

Por razones que se calla
la historia prudentemente,
dos monarcas de Occidente
riñeron ruda batalla.
La causa del rompimiento
no está, en verdad, á mi alcance,
ni hace falta para el lance
que referiros intento.
Sobre el campo del honor
cubierto de sangre y gloria,
donde alcanzó la victoria
más la astucia que el valor;
Dos discípulos de Marte,
que airados se acometieron
y juntamente cayeron
pasados de parte á parte;

Sumergidos en el lodo,
mientras que llegaba el cura
para darles sepultura,
platicaban de este modo:

SOLDADO PRIMERO.

—¡Hola, compadre! ¿Qué tal
te ha parecido el asunto?

SOLDADO SEGUNDO.

Puesto que me ves difunto
debe parecerme mal.

SOLDADO PRIMERO.

Pues ha sido divertida
la funcion: mira á tu lado.
Lo ménos hemos quedado
doce mil héroes sin vida.
Y en esto me quedo corto,
que me enfadan los extremos.

SOLDADO SEGUNDO.

¡Con qué habilidad nos hemos
destrozado! Estoy absorto.

Ha habido alarmas y sustos
y muertes y atrocidades
para todas las edades
y para todos los gustos.

SOLDADO PRIMERO.

Mas yo quisiera saber
por qué con tanto denuedo
nos matamos...

SOLDADO SEGUNDO.

¡Ay! No puedo
tu duda satisfacer.
Para entrar en esta danza
tuve que dejar mi oficio.
Sé que aprendí el ejercicio,
sé que estudié la Ordenanza.
Sé que en compañía de esos
que están mordiendo la tierra,
me trajeron á la guerra
y me moliste los huesos.
Y, en fin, francamente hablando,
puedo decirte al oido,

que he muerto como he nacido;
sin saber por qué, ni cuándo.

SOLDADO PRIMERO.

De tu explicacion me huelgo,
porque mi vida retrata.

En esto, alzando la pata
un moribundo jamelgo,
— ¡ Gracias, dioses inmortales!
— dijo con voz lastimera. —
Pues de la misma manera
morimos los animales.

Cuando pasó la impresion
de tan extraño incidente,
así anudó el más valiente
la rota conversacion:

SOLDADO PRIMERO.

Aunque ignoramos la ley
que produjo esta querella,
juro á Dios vivo que en ella
lleva la razon mi rey.

SOLDADO SEGUNDO.

¿Y por qué?

SOLDADO PRIMERO.

Porque es el mio.

SOLDADO SEGUNDO.

¡Qué salida de pavana!
La justicia es de quien gana.

SOLDADO PRIMERO.

De tu ignorancia me rio.
¡Pues cuántos que han hecho eternos
sus nombres con la victoria,
no han ido á gozar la gloria
de su triunfo á los infiernos!

SOLDADO SEGUNDO.

Considera lo que dices,
porque estoy ardiendo en ira.

SOLDADO PRIMERO.

¡No me alces el gallo!...

SOLDADO SEGUNDO.

Mira
que te rompo las narices.—
Y fieros y cejijuntos
á combatir empezaron
de nuevo... ¡ Y no se mataron,
porque ya estaban difuntos !
Diéronse golpes crueles,
hasta que hueca y ufana
llegó la Locura humana,
sonando sus cascabeles.
Puso paz entre los dos
y dijo con desenfado:
—«¿ Qué es esto ? ¿ Habeis olvidado
que sois imágen de Dios ?
Tal vez la inmortalidad
con justo título esperen
los que por la patria mueren,
por Dios, por la libertad.
Pero que el hombre sucumba
en conquistadora guerra,
cuando siete piés de tierra
le bastan para su tumba;
O que en lucha fratricida

entre, sin saber quizá
ni por qué la muerte dá,
ni por qué pierde la vida;
  Esto mi paciencia apura,
y cuantas veces lo veo,
aunque soy Locura, creo
que es demasiada locura.»

Diciembre de 1857.



RECUERDOS.

I.

¡Tantas esperanzas *muertas*
y tantos recuerdos *vivos!...*
en el corazon humano
jamás se forma el vacío.
Nace una ilusion y muere;
pero su cadáver mismo
queda insepulto en el alma
y siempre en la mente fijo.
¡Ay! por eso yo que os llevo
há tantos años conmigo,
esperanzas engañosas
que me halagásteis de niño;
hoy que bajo el grave peso
de vuestro cadáver gimo,
¡infeliz de mí! quisiera
que nunca hubiérais nacido.

II.

¿Te acuerdas? Al pié de un árbol,
en el jardin de tu casa,
el dulce y maduro fruto
ibas cogiendo en la falda.
Turbando nuestra alegría
crujió de pronto la rama,
diste un grito, y desplomado
caí sin voz á tus plantas.
No ví más; pero entre sueños
me pareció que escuchaba
desconsolados gemidos,
tiernas y amantes palabras.
Y cuando volví á la vida,
en una sola mirada
se besaron nuestros ojos
y se unieron nuestras almas.

III.

¿Te acuerdas? Seis años hace
cuando por la vez primera

eterno amor nos juramos
y fidelidad eterna.
¡Cuán venturosas corrieron
las horas ¡ay! y cuán prestas!
un deseo, una esperanza
fué nuestra dulce existencia.
Turbóse un dia el encanto
de aquella pasion inmensa,
y el viento de la fortuna
llevóme á lejanas tierras.
Colgándote de mi cuello,
en llanto amargo desecha,
— vuelve me dijiste, — vuelve;
que mi corazon te llevas.—
Volví... ¡Ya estabas casada!
y un ángel de rubias hebras,
en tu regazo dormia
el sueño de la inocencia.
Posé, temblando, mis labios
en su faz blanca y risueña,
y al mirarte, ví que estabas
pálida como una muerta.

IV.

Despues... Aturdido, ciego,
cuando me hirió el desengaño,
en tus queridas *memorias*
quise vengar mis agravios.
Busqué frenético el rizo
de tus cabellos castaños,
que en la postrer despedida
me diste, Inés, sollozando.
—Muera, dije,—este recuerdo,
de aquel corazon ingrato,
y arrastre el viento en cenizas
la inútil prenda que guardo.—
Miréla suspenso y mudo,
hasta que ahogándome el llanto,
en vez de arrojarla al fuego
la llevé ¡loco! á mis labios.
¡Ay! quiera Dios que no veas
preso en amorosos lazos,
al hijo de tus entrañas
llorar, como estoy llorando.

V.

¿Te acuerdas? Cuando en los dias
de mi secreto infortunio,
dudaba yo de mi mismo,
pobre, olvidado y oscuro;
Enjugando compasiva
mi llanto abundante y mudo,
— no desmayes — me dijiste,
que el porvenir será tuyo.
Yo compartiré contigo
lauros, honores y triunfos,
y á la sombra de tu fama
nuestro amor llenará el mundo.—
Hoy rompe á veces mi nombre
la indiferencia del vulgo,
y á veces tambien su aplauso
trémulo y turbado escucho.
Pero como estás muy lejos
y en vano te llamo y busco,
paréceme que resuena
en el hueco de un sepulcro.

1862.

EL REO DE MUERTE.

¡Oh, vedle, vedle! ¡Turbia y ardiente la mirada,
en brazos de su culpa que le acrimina austera,
tan léjos y tan cerca de la insondable nada,
del mundo que le arroja, del polvo que le espera!...
¡Luchando con extrañas y horribles agonías
que traen ante sus ojos en rápida carrera
sus inocentes horas, sus conturbados dias,
el cuadro pavoroso de su existencia entera!—

Ayer, aunque entre sombras, lo porvenir incierto
brindábale ilusiones de amor y de ventura,
y hoy, asomado al borde de su sepulcro abierto,
contempla horripilado la eternidad oscura.
La muerte, que le acosa con misterioso grito,
despierta los terrores de su conciencia impura:

quiere llamar, y apaga sus voces el delito,
quiere huir, y le asalta la hambrienta sepultura.

¡Ay, si recuerda entónces el dulce hogar sereno
donde pasó ignorada su infancia soñadora,
la amante y pobre madre que le llevó en su seno,
único sér acaso que le disculpa y llora!
¡Ay triste de él si al lado del hondo precipicio
su amparo no le presta la fé consoladora;
la fé que se levanta potente en el suplicio
y dá sus alas de ángel al alma pecadora!

¡Miradle! Cada paso que hácia el cadalso avanza
de su agitada vida los horizontes cierra:
apágase en sus ojos la luz de la esperanza
y el peso de la muerte fatídico le aterra.
¡Ay, ten valor! Si un dia de imprevision y dolo
te puso con los hombres y con la ley en guerra,
mañana entre los muertos abandonado y solo
en su profundo olvido te envolverá la tierra.

Aparta tu mirada terrífica y sombría
de esa apiñada turba que bulle en el camino
para gozar del triste placer de tu agonía
y presenciar el término de tu fatal destino.

¡Oh! no la empuja sólo su imbécil sentimiento
hácia el cadalso infame que espera al asesino.
¡Hasta la cumbre misma del Gólgota sangriento
siguió tambien los pasos del Redentor divino!

Julio de 1861.

FOTOGRAFÍAS.

¡Pantoja, ten valor! Rompe la valla.
Luce, luce en tarjeta y en membrete,
y cabe el toro que enganchó á Pepete
date á luz en las tiendas de quincalla.
Eres un necio.—Cierto.—Pero acalla
tu pudorosa duda y no te inquiete.
¿Qué importa un necio más donde se mete
con pueril presuncion tanta morralla?
¡Valdrás una peseta, buen Pantoja!
No valen mucho más rostros y nombres
que la fotografía al mundo arroja.
Enséñanos tu cara, y no te asombres:
deja á la edad futura que recoja
tantos retratos y tan pocos hombres.

30 de Abril de 1862.

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGON.)

Venga el ateo y fije sus miradas
en las ráudas cascadas
que caen con el estrépito del trueno;
en ese bosque que oscurece el dia,
de rústica armonía
y de perfumes y de sombras lleno;

En la gruta titánica que arredra
con sus mónstruos de piedra,
su oculto lago y despeñado rio:
que ante tantas grandezas el ateo
dirá asombrado:—¡Creo,
creo en tu excelsa majestad, Dios mio!

Arpa es la creacion, que en la tranquila
inmensidad oscila
con ritmo eterno y cántico sonoro.

Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento
en tierra, mar y viento,
que del himno inmortal no ſorme coro.

El insecto entre el césped escondido,
el pájaro en su nido,
el trueno en las entrañas de la nube,
hasta la flor que en los sepulcros brota,
todo exhala su nota
que en acordado són al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega,
que á enloquecerle llega,
podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
ese poder augusto y soberano,
que enfrena el Oceano
y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la ſrente,
se agitará impotente
en su orgullo satánico y maldito;
siempre, desesperado Prometeo,
le acosará el deseo,
¡ ay ! que, como el dolor, es infinito.

Julio 1872.

CREPÚSCULO.

El sol tocaba en su ocaso,
y la luz tibia y dudosa
del crepúsculo, envolvia
la naturaleza toda.
Los dos estábamos solos,
mudos de amor y zozobra,
con las manos enlazadas,
trémulas y abrasadoras,
contemplando cómo el valle,
el mar y apacible costa,
lentamente iban perdiendo
color, trasparencia y forma.
A medida que la noche
adelantaba medrosa,
nuestra tristeza se hacía
más invencible y más honda.

Hasta que al fin, no sé cómo,
yo trastornado, tú loca,
estalló en ardiente beso
nuestra pasion silenciosa.
¡Ay! al volver suspirando
de aquel éxtasis de gloria,
¿qué vimos? Sombra en el cielo
y en nuestra conciencia sombra.

1863.

¡TREINTA AÑOS!

¡Treinta años! ¿Quién me diria
que tuviese al cabo de ellos,
si no blancos mis cabellos
el alma apagada y fria?
Un dia tras otro dia
mi existencia han consumido,
y hoy asombrado, aturdido,
mi memoria se derrama
por el ancho panorama
de los años que he vivido.

Y aparecen ante mí
fugitivas y ligeras,
las venturosas quimeras
que desvanecerse ví:
La inocencia que perdí,

y aquel vago sentimiento
que animó mi pensamiento
cuando eran mis alegrías,
las mágicas armonías
del mar, del bosque y del viento.

Han sido para mi daño
en la vida que disfruto,
un siglo cada minuto,
una eternidad cada año.
El dolor y el desengaño
forman parte de mí mismo,
y el torpe materialismo
de esta edad indiferente,
cubre de sombras mi frente
y abre á mis piés un abismo.

Sacude el mar su melena
de crespas olas rugiendo,
y con pavoroso estruendo
los aires asorda y llena.
Pero una playa de arena
su audaz cólera contiene...
¡Ay! ¿Quién habrá que refrene
el tormentoso oceano

que en el pensamiento humano
ni fondo ni orillas tiene?

¡La razon!... Tanto se encumbra,
tan locamente camina,
que ya no es luz que ilumina
sino hoguera que deslumbra.
Al horror nos acostumbra,
siembra de ruinas el suelo,
y en su inextinguible anhelo
álzase hasta Dios atea
con la sacrílega idea
de derribarle del cielo.

He visto tronos volcados,
instituciones caidas,
y tras recias sacudidas
pueblos y reyes cansados.
Propios y ajenos cuidados
muévenme contínua guerra,
y mi espíritu se aterra
cuando, perdida la calma,
siento rugir en el alma
la tempestad de la tierra.

Cuando pienso en lo que fuí,
hondas heridas renuevo,
y me parece que llevo
la muerte dentro de mí.
No veo lo que ántes ví,
no siento lo que he sentido,
no responde ni un latido
del corazon, si á él acudo,
llamo al cielo y está mudo,
busco mi fé y la he perdido.

Infeliz generacion
que vas, con loco ardimiento,
nutriendo tu entendimiento
á expensas del corazon.
Dime, ¿no es cierto que son
vivas tus penas y ardientes?
¿No es verdad que te arrepientes,
presa de terrores graves,
de los misterios que sabes
y de las dudas que sientes?

¡Yo sí! Feliz si lograra,
despues de mis desengaños,
lanzar hácia atrás los años

que el destino me depara.
Pero ¡ay! el tiempo no pára,
ni tuerce su curso el rio,
ni vuelve al nido vacío
el ave muerta en la selva,
¡ni quiere el cielo que vuelva
la esperanza al pecho mio!

4 de Agosto de 1864.

Á ESPAÑA (2).

Roto el respeto, la obediencia rota,
de Dios y de la ley perdido el freno,
vas marchando entre lágrimas y cieno,
y aire de tempestad tu rostro azota.
Ni causa oculta, ni razon ignota
busques al mal que te devora el seno;
tu iniquidad, como sutil veneno,
las fuerzas de tus músculos agota.
No esperes en revuelta sacudida
alcanzar el remedio por tu mano,
¡oh sociedad rebelde y corrompida!
Perseguirás la libertad en vano,
que cuando un pueblo la virtud olvida,
lleva en sus propios vicios su tirano.

6 de Enero de 1866.

LA DUDA (3).

A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA

D. ANTONIO HURTADO.

Desde esta soledad en donde vivo,
y en la cual de los hombres olvidado
ni cartas ni periódicos recibo;
donde reposo en apacible calma,
léjos, léjos del mundo que ha gastado
con la del cuerpo la salud del alma;
ántes de que el torrente desbordado
de la ambicion, con ímpetu violento
me arrebate otra vez; desde la orilla,
donde yace encallada mi barquilla,
libre ya de las ondas y del viento,
como recuerdo de amistad te escribo.

¡Ay! Aunque salvo del peligro, siento
la inquietud angustiosa del cautivo,
que, rompiendo su férrea ligadura,
traspasa fatigado á la ventura
montes, llanos y selvas, fugitivo.
El rumor apagado que levantan
las hojas secas que á su paso mueve,
las avecillas que en el árbol cantan,
el aire que en las ramas se cimbrea
con movimiento reposado y leve,
el rio que entre guijas serpentea,
la luz del dia, la callada sombra
de la serena noche, el eco, el ruido,
la misma soledad ¡todo le asombra!
Y cuando ya de caminar rendido
sobre la yerta piedra se reclina
y le sorprende el sueño y le domina,
oye en torno de sí, medio dormido,
vago y siniestro son. Despierta, calla,
y fija su atencion despavorido;
la oscuridad le ofusca, se incorpora
y el rumor le persigue. —¡Es el latido
de su azorado corazon que estalla! —
Y entónces ¡ay! desesperado llora.

Porque es la libertad don tan querido,
que en el humano espíritu batalla,
más que el placer de conseguirla, el miedo
de volverla á perder.

Yo que no puedo
recordar sin espanto la agonía,
la dura y azarosa incertidumbre
en que mi triste corazon gemia
sometido á penosa servidumbre,
cuando, arista á merced del torbellino,
sin eleccion ni voluntad seguia
los secretos impulsos del destino,
y en ese pavoroso desconcierto
de la social contienda, consumia
la paz del alma ¡la esperanza mia!
hoy que la tempestad arrojó al puerto
mi navecilla rota y quebrantada,
temo ¡infeliz de mí! que otra oleada
la vuelva al mar donde mi calma ha muerto.

Para vencer su furia desatada
¿qué soy yo? ¿qué es el hombre? Sombra leve,
partícula de polvo en el desierto.
Cuando el *simoun* de la pasion le mueve,

busca el átomo al átomo, y la arena
es nube, es huracan, es cataclismo.
Gigante mole los espacios llena,
bajo su peso el mundo se conmueve,
oscurece la luz, llega al abismo
y al sumo Dios que la formó se atreve.
Vértigo arrollador todo lo arrasa;
pero despues que el torbellino pasa
y se apacigua y duerme la tormenta,
¿qué queda? Polvo mísero y liviano
que el ala frágil del insecto aventa,
que se pierde en la palma de la mano.
¡Oh! grata soledad, yo te bendigo,
tú que al náufrago, al triste, al pobre grano
de desligada arena dás abrigo!

Muchas veces, Antonio, devorado
por ese afan oculto que no sabe
la mente descifrar, me he preguntado,
—cuestion á un tiempo inoportuna y grave—
¿qué busco? ¿adónde voy? ¿por qué he nacido
en esta edad sin fé?—Yo soy un ave
que llegó sola y sin amor al nido.—
A este nido social en que vegeta,
mayor de edad, la ciega muchedumbre,

al infortunio y al error sujeta
entre miseria y sangre y podredumbre.
Contémplala, si puedes, tú que al cielo
con tus radiantes alas de poeta
tal vez quisiste remontar el vuelo,
y si este el mundo que soñaste ha sido
nunca el encanto de tu dicha acabe...
¡Ay! pero tú tambien eres un ave
que llegó sola y sin amor al nido.

Desde la altura de mi siglo, tiendo
alguna vez con ánimo atrevido,
mi vista á lo pasado, y removiendo
los deshechos escombros de la historia,
en el febril anhelo que me agita
sus ruinas vuelvo á alzar en mi memoria.
Y á través de las capas seculares
que el aluvion del tiempo deposita
sobre columnas, pórticos y altares;
del polvo inanimado con que cubre
la loca vanidad del polvo vivo,
que arrebata á su paso fugitivo,
como el viento las hojas en Octubre;
mudo de admiracion y de respeto
busco la antigüedad—roto esqueleto

que entre la densa lobreguez asoma—
y ofrecen á mi absorta fantasía
sus dioses Grecia, sus guerreros Roma,
sus mártires la fé cristiana y pia,
el patriotismo su grandeza austera,
sus mónstruos la insaciable tiranía,
sus vengadores la virtud severa.
Y llevado en las alas del deseo
que anima mi ilusion, á veces creo
volver á aquella edad.—En la espesura
del bosque, en el murmullo de la fuente,
en el claro lucero que fulgura,
en el escollo de la mar rugiente,
en la espuma, en el átomo, en la nada,
Apolo centellea, alza su frente
de luminoso lauro coronada.
Por él la luna que entre sombras gira,
la luz que en rayos de color se parte,
la ola que bulle, el viento que suspira,
todo es Dios, todo es himno, todo es arte.
¡Ay! ¿No es verdad que en tus eternas horas
de desaliento y decepcion, recuerdas
esa dorada edad, y que te inspira
el coro de sus musas voladoras,
que murmuran y gimen en las cuerdas

de la ya rota y olvidada lira?
Aunque las llames, no vendrán: ¡han muerto!
la voz del interés grosera y ruda
anuncia que el Parnaso está desierto
y la naturaleza triste y muda.

Que en este siglo de sarcasmo y duda
sólo una musa vive. Musa ciega,
implacable, brutal. ¡Demonio acaso
que con los hombres y los dioses juega!
La Musa del análisis, que armada
del árido escalpelo, á cada paso
nos precipita en el oscuro abismo
ó nos asoma al borde de la nada.
¿No la ves? ¿No la sientes en tí mismo?
¿Quién no lleva esa víbora enroscada
dentro del corazon? ¡Ay! cuando llena
de noble ardor la juventud florida
quiere surcar la atmósfera serena,
quiere aspirar las auras de la vida,
esa Musa fatal y tentadora
en el libro, en la cátedra, en la escena
se apodera del alma y la devora.
¡Si á veces imagino que envenena
la leche maternal! En nuestros lares,

en el retiro, en el regazo tierno
del amor, hasta al pié de los altares
nos persigue ese aborto del infierno.

¡Cuántas noches de horror, conmigo á solas,
ha sacudido con su soplo ardiente
los tristes pensamientos de mi mente
como sacude el huracan las olas!
¡Cuántas, ay, revolcándome en el lecho,
he golpeado con furor mi frente,
he desgarrado sin piedad mi pecho,
y entre visiones lúgubres y extrañas,
su diente de reptil, áspero y frio,
he sentido clavarse en mis entrañas!
¡Noches de soledad, noches de hastío
en que, lleno de angustia y sobresalto,
se agitaba mi sér en el vacío
de fé, de luz, y de esperanza falto!
¿Y quién mantiene viva la esperanza
si donde quiera que la vista alcanza
ve escombros nada más? Por entre ruinas
la humanidad desorientada avanza;
hechos, leyes, costumbres y doctrinas
como edificio envejecido y roto
desplomándose van; sordo y profundo

no sé qué irresistible terremoto
moral, conmueve en su cimiento el mundo.

Ruedan los tronos, ruedan los altares:
reyes, naciones, genios y colosos
pasan como las ondas de los mares
empujadas por vientos borrascosos.
Todo tiembla en redor, todo vacila.
Hasta la misma religion sagrada
es moribunda lámpara que oscila
sobre el sepulcro de la edad pasada.
Y cual turbia corriente alborotada,
libre del ancho cauce que la encierra,
la duda audaz, la asoladora duda
como una inundacion cubre la tierra.
—¡Es que el manto de Dios ya no la escuda!—
No la defiende el varonil denuedo
de la fé inexpugnable y de las leyes,
y el dios de los incrédulos, el miedo,
rige á su voluntad pueblos y reyes.
Él los rumores bélicos propala,
él organiza innúmeras legiones
que buscan la ocasion, no la justicia.
Mas ¿qué podrán hacer? No se apuntala
con lanzas, bayonetas ni cañones,

el templo secular que se desquicia.
En medio de este caos, como un arcano
impenetrable, pavoroso, oscuro,
yérguese altivo el pensamiento humano
de su grandeza y majestad seguro.
Y semejante al árbol carcomido
por incansable y destructor gusano,
que, cuando tiene el corazon roido,
desenvuelve su copa más lozano,
á través del social desasosiego
cruza la tierra en su corcel de fuego,
hasta los cielos atrevido sube,
pone en la luz su vencedora mano,
el rayo arranca á la irritada nube
y horada con su acento el Oceano.
¡Mas, ay, del árbol que frondoso crece
sostenido no más por su corteza!
Tal vez la brisa que las flores mece
derribará en el polvo su grandeza.

—¡Tal vez! ¿Lo sabes tu? ¿Quién el misterio
puede profundizar? Esta sombría
turbacion, esta lóbrega tristeza
que invade sin cesar nuestro hemisferio,
¿es acaso el crepúsculo del dia

que se extingue, ó la aurora del que empieza?
¿Es ¡ay! renacimiento ó agonía?
Lo ignoras como yo. ¡Nadie lo sabe!
Solo sé que la dulce poesía
va enmudeciendo, y cuando calla el ave
es que su oscuridad la noche envía.
Oigo el desacordado clamoreo
que alza doquier la muchedumbre inquieta
sin freno, sin antorcha que la guie;
ando entre ruinas, y espantado veo
como al sordo compás de la piqueta
la embrutecida indiferencia rie.
—Tambien en Roma, torpe y descreida,
la copa llena de espumoso y rico
licor, gozábase desprevenida,
hasta que de improviso por la herida
que abrió en su cuello el hacha de Alarico
escapósele el vino con la vida.—
Todo el cercano cataclismo advierte;
pero en esta ansiedad que nos devora
ninguno habrá que á descifrar acierte
la gran trasformacion que se elabora.

¿Y qué más dá? Resurreccion ó muerte,
vespertino crepúsculo ó aurora,

los que siguen llorando su camino
por medio de esta confusion horrenda,
con inseguro paso y rumbo incierto,
¿dónde levantarán su débil tienda
que no la arranque el raudo torbellino
ni la envuelva la arena del desierto?
En otro tiempo el ánimo doliente,
atormentado por la duda humana,
postrábase sumiso y penitente
en el regazo de la fé cristiana,
y allí, bajo la bóveda sombría
del templo, el corazon desesperado
se humillaba en el polvo y renacía.
Cristo en la cruz del Gólgota clavado
extendia sus brazos, compasivo,
al dolor sublimado en la plegaria,
y para el pobre y triste fugitivo
del mundo, era la celda solitaria
puerto de salvacion, sepulcro vivo,
anulacion del cuerpo voluntaria.

¡Ay! En aquella paz santa y profunda
todo era austero, reposado, grave.
La elevacion de la gigante nave,
la luz entrecortada y moribunda,

la sencilla oracion de un pueblo inmenso
uniéndose á los cánticos del coro,
la armonía del órgano sonoro,
las blancas nubes de quemado incienso,
el frio y duro pavimento, fosa
comun, perpétuamente renovada,
de la cual cada tumba, cada losa
es doble puerta que limita y cierra
por debajo el silencio de la nada,
por encima el tumulto de la tierra;
aquella majestad, aquel olvido
del siglo, aquel recuerdo de la muerte,
parecian decir con infinita
dulzura, al corazon desfallecido,
al espíritu ciego, al alma inerte:
Ego sum via, et veritas, et vita (1)
Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.—
Mas ¿dónde iremos ya? Torpes y oscuros
planes hallaron en el claustro abrigo,
y Dios airado desató el castigo
y con el rayo derribó sus muros.
¿Dónde posar la fatigada frente?
¿Dónde volver los afligidos ojos,

(1) Joan, xiv, 6.

cuando ha dejado el corazon creyente
prendidos en los ásperos abrojos
su fé piadosa y su interés mundano?
¿Dónde?
¡En tí, soledad! Yo te bendigo,
porque al náufrago, al triste, al pobre grano
de desligada arena dás abrigo.

San Gervasio de Cassolas (Barcelona) 20 de Abril de 1868.



¡AMOR!

¡Oh eterno amor, que en tu inmortal carrera,
das á los séres vida y movimiento,
con qué entusiasta admiracion te siento,
aunque invisible, palpitar doquiera!
Esclava tuya la creacion entera,
se estremece y anima con tu aliento,
y es tu grandeza tal, que el pensamiento
te proclamára Dios, si Dios no hubiera.
Los impalpables átomos combinas
con tu soplo magnético y fecundo:
tú creas, tú trasformas, tú iluminas,
Y en el cielo infinito, en el profundo
mar, en la tierra atónita dominas,
¡Amor, eterno amor, alma del mundo!

1872.

ESTROFAS.

I.

La generosa musa de Quevedo
desbordóse una vez como un torrente
y exclamó llena de viril denuedo:
«No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises ó amenaces miedo.»

II.

Y al estampar sobre la herida abierta
el hierro de su cólera encendido,
tembló la concusion que siempre alerta,
incansable y voraz, labra su nido,
como gusano ruin en carne muerta,
en todo Estado exánime y podrido.

III.

Arranque de dolor, de ese profundo
dolor que se concentra en el misterio
y huye amargado del rumor del mundo,
fué su sangrienta sátira, cauterio
que aplicó sollozando al pátrio imperio,
mísero, gangrenado y moribundo.

IV.

¡Ah! si hoy pudiera resonar la lira
que con Quevedo descendió á la tumba,
en medio de esta universal mentira,
de este viento de escándalo que zumba,
de este fétido hedor que se respira,
de esta España moral que se derrumba;

V.

De la viva y creciente incertidumbre
que en lucha estéril nuestra fuerza agota;
del huracan de sangre que alborota
el mar de la revuelta muchedumbre;
de la insaciable y honda podredumbre
que el rostro y la conciencia nos azota;

VI.

De este horror, de este ciego desvarío
que cubre nuestras almas con un velo,
como el sepulcro, impenetrable y frio;
de este insensato pensamiento impío
que destituye á Dios, despuebla el cielo
y precipita el mundo en el vacío;

VII.

Si en medio de esta borrascosa orgía
que infunde repugnancia al par que aterra,
esa lira estallára ¿qué sería?
Grito de indignacion, canto de guerra,
que en las entrañas mismas de la tierra
la muerta humanidad conmoveria.

VIII.

Mas ¿porque el gran satírico no aliente,
ha de haber quien contemple y autorice
tanta degradacion, indiferente?
«¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

IX.

¡Cuántos sueños de gloria evaporados,
como las leves gotas de rocío
que apenas mojan los sedientos prados!
¡Cuánta ilusion perdida en el vacío,
y cuántos corazones anegados
en la amarga corriente del hastío!

X.

No es la revolucion raudal de plata
que fertiliza la extendida vega:
es sorda inundacion que se desata.
No es viva luz que se difunde grata,
sino confuso resplandor que ciega
y tormentoso vértigo que mata.

XI.

Al ménos en el siglo desdichado
que aquel ilustre y vigoroso vate
con el rayo marcó de su censura,
podia el corazon atribulado
salir ileso del mortal combate
en alas de la fé radiante y pura.

XII.

Y apartando la vista de aquel cieno
social, de aquellos fétidos despojos,
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,
fijar llorando sus ardientes ojos,
en ese cielo azul, limpio y sereno
de santa paz y de esperanzas lleno.

XIII.

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y á Dios. Sorda carcoma
prepara el misterioso cataclismo,
y como en tiempo de la antigua Roma,
todo cruje, vacila y se desploma
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

XIV.

Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazon cubierto,
la gloria muda, desolada el alma,
en este pavoroso desconcierto
se eleva la razon, como la palma
que crece triste y sola en el desierto.

XV.

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria
mayor? ¿Dónde más rudo desconsuelo?
¿De qué la sirve desgarrar el velo
que envuelve y cubre la vivaz materia,
y con profundo inextinguible anhelo
sondar la tierra, escudriñar el cielo;

XVI.

Entregarse á merced del torbellino
y en la duda incesante que la aqueja
el secreto inquirir de su destino,
si á cada paso que adelanta deja
su fé inmortal, como el vellon la oveja,
enredada en las zarzas del camino?

XVII.

¿Si á su culpada humillacion se adhiere
con la constancia infame del beodo,
que goza en su abyeccion, y en ella muere?
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo,
desconoce su orígen, y prefiere
á descender de Dios, surgir del lodo?

XVIII.

¡Libertad, libertad! No eres aquella
vírgen, de blanca túnica ceñida,
que ví en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
que alumbra con su luz, como una estrella,
los oscuros abismos de la vida.

XIX.

No eres la fuente de perenne gloria
que dignifica el corazon humano
y engrandece esta vida transitoria.
No el ángel vengador que con su mano
imprime en las espaldas del tirano
el hierro enrojecido de la historia.

XX.

No eres la vaga aparicion que sigo
con hondo afan desde mi edad primera,
sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera,
¡licencia desgreñada, vil ramera
del motin, te conozco y te maldigo!

XXI.

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía,
los humanos instintos se desborden
con el rugido del volcan que estalla,
y en medio del tumulto y la anarquía,
como corcel indómito el desórden
no respete ni látigo ni valla.

XXII.

¿Quién podrá detenerle en su carrera?
¿Quién templar los impulsos de la fiera
y loca multitud enardecida,
que principia á dudar y ya no espera
hallar en otra luminosa esfera,
bálsamo á los dolores de esta vida?

XXIII.

Comó Cristo en la cúspide del monte,
rotas ya sus morales ligaduras,
mira doquier con ojos espantados,
por toda la extension del horizonte
dilatarse á sus piés vastas llanuras,
ricas ciudades, fértiles collados.

XXIV.

Y excitando su afan calenturiento
tanta grandeza y tanto poderío,
de la codicia el persuasivo acento
grítale audaz: — ¡El cielo está vacío!
¿A quién temer? — Y ronca y sin aliento
la muchedumbre grita: — ¡Todo es mio! —

XXV.

Y en el tumulto su puñal afila,
y la enconada cólera que encierra
enturbia y enardece su pupila,
y ensordeciendo el aire en son de guerra
hace temblar bajo sus piés la tierra,
como las hordas bárbaras de Atila.

XXVI.

No espereis que esa turba alborotada
infunda nueva sangre generosa
en las venas de Europa desmayada;
ni que termine su fatal jornada,
sobre el ara desierta y polvorosa
otro Dios, levantando con su espada.

XXVII.

No espereis, no, que la confusa plebe,
como santo depósito en su pecho
nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo á su codicia estrecho,
que es la fuerza, es el número, es el hecho
brutal ¡es la materia que se mueve!

XXVIII.

Y buscará la libertad en vano,
que no arraiga en los crímenes la idea,
ni entre las olas fructifica el grano.
Su castigo en sus iras centellea
pronto á estallar, que el rayo y el tirano
hermanos son. ¡La tempestad los crea!

25 de Abril de 1870.

MISERERE.

Es de noche: el monasterio,
que alzó Felipe Segundo
para admiracion del mundo
y ostentacion de su imperio,
yace envuelto en el misterio
y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
último resto glorioso,
parece que está el coloso
al pié del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
deja sus antros oscuros,
y estrellándose en los muros
del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
surca el ancho firmamento,
y á veces, como un lamento,

resuena el lúgubre són,
con que llama á la oracion
la campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
en honda calma reposa,
tan helada y silenciosa
como una tumba vacía.
Colgada lámpara envia
su incierta luz á lo lejos,
y á sus trémulos reflejos
llegan, huyen, se levantan
esas mil sombras que espantan
á los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,
la régia cripta conmueve
ruido extraño, que aunque leve,
llena el mortuorio recinto.
Es que el César Cárlos Quinto,
con mano firme y segura
entreabre su sepultura,
y haciendo una horrible mueca,
su faz carcomida y seca
asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada
frente con tenaz empeño,
como quien sale de un sueño
sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
aquel lugar solitario,
alza el mármol funerario,
y arrebatado y resuelto
salta del sepulcro, envuelto
en su andrajoso sudario.

— ¡ Hola ! — grita en son de guerra
con aquella voz concisa,
que oyó en el siglo, sumisa
y amedrentada la tierra.
— ¡ Volcad la losa que os cierra !
vástagos de imperial rama,
varones que honrais la fama,
antiguas y excelsas glorias,
de vuestras urnas mortuorias
salid, que el César os llama. —

Contestando á estos conjuros,
un clamor confuso y hondo

parece brotar del fondo
de aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
de los sepulcros ya abiertos:
la serie de reyes muertos
despues á salir empieza,
y es de notar la tristeza,
el gesto despavorido
de los que han envilecido
la corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado,
se alza Felipe Segundo,
en su lucha con el mundo
vencido, mas no domado.
Su hijo se despierta al lado,
y detrás del rey devoto,
aquel que humillado y roto
vió desmoronarse á España,
cual granítica montaña,
á impulsos del terremoto.

Luégo el monarca enfermizo,
de infausta y negra memoria,
en cuya edad, nuestra gloria

como nieve se deshizo.
Bajo el poder de su hechizo
Se estremece todavía.
¡Ay, qué terrible armonía,
que oscuro enlace se nota
entre aquel mísero idiota
y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa
y en silencioso concierto,
todos los reyes que han muerto
van saliendo de su huesa.
La ya apagada pavesa
cobra los vitales bríos,
y se aglomeran sombríos
aquellos yertos despojos,
aquellas cuencas sin ojos,
aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
respondiendo al llamamiento,
cual si llegára el momento
del santo juicio de Dios,
acuden de dos en dos
por claustros y corredores,

príncipes, grandes señores,
prelados, frailes, guerreros,
favoritos, consejeros,
teólogos é inquisidores

¡Qué es mirar como serpea
por su semblante amarillo
el fosforescente brillo
que la podredumbre crea!
¡Qué espíritu no flaquea
con mil terrores secretos,
viendo aquellos esqueletos,
que ante el César, que los nombra,
se deslizan por la sombra
mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
cuántas grandezas pasadas,
cuántas invictas espadas,
cuántas firmes voluntades
en aquellas soledades
muestran sus restos livianos!
¡cuántos cráneos soberanos,
que el genio habitára en vida,

convertidos en guarida
de miserables gusanos!

Desde el triste panteon
en que se agolpa y hacina,
hácia el templo se encamina
la fúnebre procesion.
Marcha con pausado són
tras del rey que la congrega,
y cuando á la iglesia llega,
inunda la altiva nave
un resplandor tibio y suave,
que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el régio decoro,
como en los siglos pasados,
reyes, príncipes, prelados
toman asiento en el coro.
Despues en tropel sonoro
por el templo se derrama,
rindiendo culto á la fama
con que llena las historias,
aquel haz de muertas glorias,
que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
de Cárlos, que el cetro ostenta,
llega al órgano y se sienta
un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
en el gran teclado imprime,
y la música sublime
que á inmensos raudales brota,
parece que en cada nota
reza y llora, canta y gime

Uniendo al acorde santo
su voz, los muertos despojos
caen ante el ara de hinojos
y á Dios elevan su canto.
Honda expresion del quebranto,
aquel eco de la tumba
crece, se dilata, zumba,
y al paso que va creciendo,
resuena con el estruendo
de un mundo que se derrumba:

« Fuimos las ondas de un rio
» caudaloso y desbordado.

» Hoy la fuente se ha secado,
» hoy el cauce está vacío.
» Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
» se extingue, se apaga y muere.
» *¡ Miserere !*

» ¡ Maldito, maldito sea
» aquel portentoso invento
» que dió vida al pensamiento
» y alas de luz á la idea!
» El verbo animado ondea
» y como el rayo nos hiere.
» *¡ Miserere !*

» ¡ Maldito el hilo fecundo
» que á los pueblos eslabona,
» y busca, y cuenta, y pregona
» las pulsaciones del mundo!
» Ya en el silencio profundo
» ninguna injusticia muere.
» *¡ Miserere !*

» Ya no vive cada raza
» en solitario destierro,
» ya con vínculo de hierro

» la humana especie se enlaza.
» Ya el aislamiento rechaza,
» ya la libertad prefiere.
» *¡ Miserere !*

» Rígido y brutal azote
» con desacordado empuje
» sobre las espaldas cruje
» del rey y del sacerdote.
» Ya nada existe que embote
» el golpe ¡ oh Dios ! que nos hiere.
» *¡ Miserere !*

» Mas ¡ ay ! que en su audacia loca,
» tambien el orgullo humano
» pone en los cielos su mano
» y á tí, Señor, te provoca.
» Miéntras blasfeme su boca,
» ni paz ni ventura espere.
» *¡ Miserere !*

» No en la tormenta enemiga:
» no en el insondable abismo:
» el mundo lleva en sí mismo
» el rayo que le castiga.

» Sin compasion ni fatiga
» hoy nos mata; pero muere.
» *¡Miserere!*

» Grande y caudaloso rio,
» que corres precipitado,
» ve que el nuestro se ha secado
» y tiene el cauce vacío.
» ¡No prevalezca el impío,
» ni la iniquidad prospere!
» *¡Miserere!* »

Súbito, con sordo ruido
cruje el órgano y estalla,
la luz se amortigua, y calla
el concurso dolorido.
Al disiparse el sonido
del grave y solemne canto,
llega á su colmo el espanto
de las mudas calaveras,
y de sus órbitas hueras
desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
la luz misteriosa y vaga,

todo murmullo se apaga
y el cuadro se desvanece.
Con el alba que aparece
el cortejo se evapora,
y miéntras la blanca aurora
esparce su lumbre escasa,
á lo lejos silba y pasa
la rauda locomotora.

25 de Junio de 1873.



¡EXCELSIOR!

¿Por qué los corazones miserables,
por qué las almas viles,
en los rudos combates de la vida
ni luchan ni resisten?

El espíritu humano es más constante
cuanto más se levanta:
Dios puso el fango en la llanura, y puso
la roca en la montaña.

La blanca nieve que en los hondos valles
derrítese ligera,
en las altivas cumbres permanece
inmutable y eterna.

1872.

A DARWIN (4).

I.

¡Gloria al genio inmortal! Gloria al profundo
Darwin, que de este mundo
penetra el hondo y pavoroso arcano!
¡Que, removiendo lo pasado incierto,
sagaz ha descubierto
el abolengo del linaje humano!

II.

Puede el necio exclamar en su locura:
—¡Yo soy de Dios hechura!—
y con tan alto orígen darse tono.
¿Quién, que estime su crédito y su nombre,
no sabe que es el hombre
la natural trasformacion del mono?

III.

Con meditada calma y paso á paso,
cual reclamaba el caso,
llegó á tal perfeccion un mono viejo:
y la vivaz materia por sí sola
le suprimió la cola,
le ensanchó el cráneo y le afeitó el pellejo.

IV.

Esa invisible fuerza creadora,
siempre viva y sonora,
música, verbo, pensamiento alado;
ese trémulo acento en que la idea
palpita y centellea
como el soplo de Dios en lo creado;

V.

(Hablo de Dios, porque lo exige el metro,
mas tu perdon impetro
¡oh formidable secta darwiniana!)
Ese sonido, como el sol fecundo,

que vibra en todo el mundo
y resplandece en la palabra humana;

VI.

Esa voz, llena de poder y encanto,
ese misterio santo,
lazo de amor, espíritu de vida,
ha sido el grito de la bestia hirsuta,
en la cóncava gruta
de los agrestes bosques escondida.

VII.

¡Ay! Si es verdad lo que la ciencia enseña,
¿por qué se agita y sueña
el hombre, de su paz fiero enemigo?
¿A qué aspira? ¿Qué anhela? ¿Qué es en suma,
el genio que le abruma?
¿Fuerza ó debilidad? ¿Premio ó castigo?

VIII.

¡Honor, virtud, ardientes devaneos!
¡Imposibles deseos!

¡Loca ambicion! ¡Estéril esperanza!
¡Horrible tempestad que eternamente
perturbas nuestra mente,
con acentos de amor ó de venganza!

IX.

¡Conciencia del deber que nos oprimes!
¡Ilusiones sublimes
que á más alta region tendeis el vuelo!
¿Qué sois? ¿A dónde vais? ¿Por qué os sentimos?
¿Por qué crimen perdimos
la inocencia brutal de nuestro abuelo?

X.

Ajeno á todo inexcrutable arcano,
nuestro Adan cuadrumano
en las selvas perdido y en los montes,
de fijo no estudiaba ni entendia,
esta filosofía,
que abre al dolor tan vastos horizontes.

XI.

Independiente y libre en la espesura,
no sufrió la amargura
que nos quema y devora las entrañas.
Dábanle el bosque entretejidas frondas,
el rio claras ondas,
aire sutil y puro las montañas;

XII.

La tierra, á su eleccion, como en tributo
dulce y sabroso fruto,
música el viento susurrante y vago;
su luz fecunda el sol esplendoroso,
la noche su reposo
y limpio espejo el cristalino lago.

XIII.

En su pelliza natural envuelto,
gozaba alegre y suelto
de su querida libertad salvaje.
Aun no grababa figurines Francia,

y en su rústica estancia
lo que la vida le duraba el traje.

XIV.

Desconoció la púrpura y la seda,
no inventó la moneda
para adorarla envilecido y ciego.
Ni se dejó coger, como un idiota,
por una infame sota
en la red del amor ó en la del juego.

XV.

No turbaron su paz ni su apetito
este anhelo infinito,
esta pena tan honda como aguda.
¡Ay! ni á pedazos le arrancó del alma
su candorosa calma,
el demonio implacable de la duda.

XVI.

Y en esas lentas y nocturnas horas,
negras, abrumadoras,

en que la angustia nos desgarra el pecho,
con tu mirada impenetrable y triste
nunca te apareciste
¡oh desesperacion! junto á su lecho.

XVII.

No buscó los laureles del poeta,
ni en su ambicion inquieta
alzó sobre cadáveres un trono.
No le acosó remordimiento alguno.
No fué rey, ni tribuno,
¡ni siquiera elector!..... ¡Dichoso mono!

XVIII.

En la copa de un árbol suspendido
y con la cola asido,
extraño á los halagos de la fama,
sin pensar en la tierra ni en el cielo,
nuestro inocente abuelo
la vida se pasó de rama en rama.

XIX.

Tal vez enardecida y juguetona,
alguna vírgen mona
prendióle astuta en sus amantes lazos,
y mas fiel que su nieta pervertida,
ni le amargó la vida,
ni le hirió el corazon con sus abrazos.

XX.

Y allí, bajo la bóveda azulada,
en la verde enramada,
á la sonora márgen de los rios,
adormecidos con los trinos suaves
de las canoras aves,
ocultas en los árboles sombríos;

XXI.

Allí, donde la gran Naturaleza
descubre la belleza
de su seno inmortal, siempre fecundo,
en deliquios ardientes y amorosos,

los dos tiernos esposos
engendraron al árbitro del mundo.

XXII.

¡ Al árbitro del mundo!... ¡ Qué sarcasmo !
Perdido el entusiasmo,
sin esperanza en Dios, sin fé en sí mismo,
cuando le borre su divino emblema
esa ciencia blasfema,
como la piedra rodará al abismo.

XXIII.

Caerá de sus altares el Derecho
por el turbion deshecho;
la Libertad sucumbirá arrollada.
Que cuando el alma humana se oscurece,
sólo prospera y crece
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

XXIV.

¡ Ay, si al romper su religioso yugo,
gusta el pueblo del jugo

que en esa ciencia pérfida se esconde!
¡Ay, si olvidando la celeste esfera,
el hijo de la fiera
sólo á su instinto natural responde!

XXV.

¡Ay, si recuerda que en la selva umbría
la bestia no tenia
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
Entónces la revuelta muchedumbre
quizás, Europa, alumbre
con el voraz incendio tus ciudades.

XXVI.

¡Batid gozosos las sangrientas manos,
déspotas y tiranos!
Ya entre el tumulto vuestra faz asoma.
Que el hombre á la razon dobla su frente;
más sólo el hierro ardiente
la hambrienta rabia de las fieras doma.

24 de Diciembre de 1872.

LAS ARPAS MUDAS.

La vírgen poesía,
huyendo de los hombres,
se pierde en las profundas
tinieblas de la noche.
Las arpas enmudecen,
y el eco no responde
sino á los broncos gritos
de cien revoluciones.

¡ Ay, cuando la tormenta
cierne sus negras alas,
la tímida avecilla
se oculta y tiembla y calla !
¿ Qué valen sus gorjeos
ante la voz airada
del trueno, que retumba
en valles y en montañas ?

¡ Qué cambio y qué contraste !
Ayer llenaba el mundo
la inspiracion sublime
de Schiller, Byron y Hugo.
Hoy sobre nuestras almas,
que envileció el tumulto,
parece que gravita
la losa de un sepulcro.

Miraban nuestros padres
el despertar de un siglo:
nosotros á sus hondas
angustias asistimos.
En su entusiasmo ardiente
su cántico era un himno.
El nuestro, ¡ oh desventura !
el nuestro es un gemido.

Cuando despues de aquella
sangrienta sacudida,
que derribó en el polvo
la sociedad antigua,
con su potente mano
la santa poësía

logró sacar ileso
á Dios de entre las ruinas;

cuando en estéril roca,
entre el rumor confuso
del mar, agonizaba
en su aislamiento augusto
el águila altanera,
tan grande en su infortunio,
que de sus corvas garras
tuvo suspenso el mundo;

entónces, como el gérmen
oculto que despierta,
y rompe vigoroso
la cárcel que lo encierra,
sobre las viejas ruinas
brotaron por doquiera
la religion, la gloria,
la libertad, la ciencia.

¡ Siempre el dolor fecunda !
La tierra, nuestra madre,
sufre el agudo arado
que sus entrañas abre;

el mar tiene sus roncas
y oscuras tempestades,
su duda el pensamiento,
la religion sus mártires.

Todo lo grande surge
de este combate eterno,
como la luz del choque
del pedernal y el hierro.
¡Felices nuestros padres,
que entónces recogieron
la miés, ántes regada
con llanto, sangre y cieno!

¿Es raro que el poeta
alzase himnos de gloria
al Dios que renacia
de entre sus aras rotas?
¿Es raro que cantase
la alborozada Europa
al nuevo sol, naciendo
de la impalpable sombra?

Pero hoy, ¿qué alegre canto
entonarán las musas?

La llama del incendio
nuestro camino alumbra.
La libertad seguida
de alborotadas turbas,
arrastra por el fango
sus blancas vestiduras.

El entusiasmo espira
en lecho de dolores:
atónita y turbada
la fé su venda rompe,
y caen de sus altares,
bajo insensatos golpes,
la patria, la familia,
los reyes y los dioses.

¡Todo se anubla, todo
choca, todo está herido!
Pide estragado el arte
su inspiracion al vicio,
y entre el alegre estruendo
de infames regocijos,
la sociedad oscila
sobre el oscuro abismo.

¡ Poetas ! Hasta tanto
que la borrasca pase,
colguemos nuestras arpas
de los llorosos sáuces.
Tal vez cuando la tierra
nuestros despojos guarde,
el viento las sacuda
y vibren, giman, canten.

Tal vez cuando del tiempo
se amanse la corriente,
nuestros felices hijos
piadosos las descuelguen.
¡ Quién sabe ! Aunque las densas
tinieblas nos envuelven,
no eres eterna ¡ oh noche !
¡ dolor, no duras siempre !

Junio de 1873.



PROBLEMA.

Ciego; ¿es la tierra el centro de las almas?

Quiero, dejando hipótesis á un lado,
una duda exponer, y es la siguiente:
—¿Por qué cruza la tierra el inocente,
de espinas ó de sombras coronado?
¿Por qué feliz y próspero, el malvado
alza orgulloso la atrevida frente?
¿por qué Dios, que es el bien, mira y consiente
el eterno dominio del pecado?
¿Por qué, desde Caín, la humana raza,
sometida al dolor, con sangre traza
la historia de sus luchas giganteas?
Y si es ficcion la gloria prometida,
si aquí empieza y acaba nuestra vida,
¿por qué, implacable Dios, por qué nos creas?

1873.

VELUT UMBRA.

¡ Oh incesante desvarío
del hombre ! ¡ Oh mentida gloria,
tan fugaz y transitoria
como las ondas de un rio !
El tiempo impasible y frio
va empujando tu memoria,
que brilla un punto en la historia
y se pierde en el vacío.
¡ Cuánto César ya olvidado !
¡ Cuánta vieja desventura,
que ni áun recuerda la gente,
habrá visto, habrá alumbrado
ese sol, desde la altura
en que gira indiferente !

A medida que hácia el puerto
va marchando del olvido,

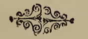
aparece cuanto ha sido
de espesas brumas cubierto.
Ese polvo, árido y yerto,
ha pensado y ha sentido:
es el despojo perdido
de la humanidad que ha muerto.
De esos átomos sin nombre,
¿quién el misterio adivina?
¿quién á descifrarlo alcanza?
Tan oscuro es para el hombre
lo pasado que declina,
cual lo porvenir que avanza.

¿Dónde está la oculta fuente
del hondo raudal humano?
¿A qué incógnito Oceano
va á parar esa corriente?
Principio y fin, velozmente
se buscan y dan la mano;
y en el gérmen bulle el grano,
y en el grano la simiente.
La flor, que arrebata el viento,
préstale al campo marchito
nuevo jugo y nueva vida;
Mas ¿quién en el movimiento

del génesis infinito,
recuerda la flor caida?

¡Vanidad de vanidades!
En nuestras horas inciertas,
sobre las ciudades muertas
álzanse nuevas ciudades.
En ignotas soledades,
en regiones, hoy desiertas,
yacen de polvo cubiertas,
las glorias de otras edades.
Cae en mortal cautiverio
cuanto el alma inquieta y muda
busca y ama, anhela y nombra.
Nuestra vida en el misterio,
nuestro destino en la duda,
nuestro término en la sombra.

Mayo 23 de 1873.



PRÓLOGO

LEIDO

POR DON MANUEL CATALINA,

EN LA INAUGURACION DEL TEATRO DE APOLO.

Senado ilustre, público discreto,
que siempre diste cariñoso abrigo
á la musa de Lope y de Moreto;

concurso generoso, fiel amigo
del arte, que á tu impulso se levanta
ó se despeña en el error contigo;

por quien el vate en su entusiasmo canta,
el músico sorprende la armonía
y á los siglos el genio se adelanta;

es tan intensa y honda mi alegría,
tan viva la emocion que me enajena,
que aunque quisiera ahogarla, no podria.

¿Cómo, si el alma de esperanzas llena,
ve renacer con nuevos resplandores
la amortiguada gloria de la escena?

¡Público insigne, artistas, escritores,
rendid tributo al ánimo atrevido,
digno de vuestros plácemes y honores!

Cuando asorda los aires el rujido
de enconada pasion, que en su despecho
nos emponzoña el corazon herido;

cuando combaten bajo el mismo techo
hermano contra hermano, y todo rueda
como un turbion á nuestros piés deshecho;

cuando no hay odio que sucumba ó ceda,
y en tanta confusion, el pátrio idioma
es el único lazo que nos queda;

merece aplauso quien á empeño toma
alzar un templo al arte castellano,
donde todo vacila y se desploma.

Que mientras pueda el genio soberano
tender el vuelo, condenar la saña
que separa al hermano del hermano,

hacer que vibre hasta en esfera extraña
la lengua de Quevedo y de Cervantes,
tú serás inmortal, ¡oh madre España!

¡No morirás! Como lucharon ántes,
tus hijos lucharán con el destino,
cuanto más desgraciados, más constantes.

Que si no encuentra su ambicion camino
por do llevar á términos ajenos,
tu cetro de oro y tu blason divino,

para abrazarse le hallarán al ménos,
y en santa paz trascurrirán tus dias
más prósperos, más grandes, más serenos.

Pero ¿dónde al sentir las agonías
de la patria infeliz que sufre y llora,
me arrastran ¡ay! las esperanzas mias?

¿Á dónde vuela mi ilusion? Ya es hora
de penetrar en la region que el arte
con sus rayos purísimos colora.

Ya es tiempo y ocasion de presentarte
á los que habrán de compartir conmigo
el difícil trabajo de agradarte.

Tú, de sus triunfos imparcial testigo,
suplir, acaso con ventaja, puedes
lo que, atendiendo á su humildad, no digo.

Muchos han alcanzado las mercedes,
los vítores y lauros que en la escena
con larga mano al mérito concedes.

¡Ah! ¡cuántas veces su fecunda vena,
hizo á tus labios asomar la risa
que los vicios ridículos enfrena!

¡Cuántas tu corazon latió de prisa,
movido por la voz del sentimiento,
blanda ó severa, enérgica ó sumisa;

voz que en la vaga ondulacion del viento,
suena á un tiempo patética y sublime
como canto de amor, himno y lamento!

¿Quién de su influjo alhagador se exime?
¿Quién resiste el poder del alma ardiente
que en todo el sello de su genio imprime?

No me atrevo á nombrarla: está presente (1).
Tú la conoces bien, que has abrumado
con cien coronas su inspirada frente.

Nosotros seguiremos á su lado
por la penosa y áspera carrera
que huellas inmortales han trazado.

(1) La eminente actriz Doña Matilde Diez, gloria de la escena española.

Jóven alguno, por la vez primera,
trémulo y lleno de ansiedad confusa,
la hora solemne de tu fallo espera.

Dále aliento y valor: sé tú su musa,
y cuando salga inquieto y conmovido
válgale al ménos su temor de excusa.

Con el respeto á nuestro juez debido,
yo, el último de todos, te saludo,
y en nombre suyo tu indulgencia pido.

Árdua es la empresa, nuestro esfuerzo, rudo,
grande la voluntad, vivo el deseo,
y amparándonos tú, fuerte el escudo.

Sonarán en el ámplio coliseo
de Calderon y Lope la armonía,
honda intencion y fácil discreteo,

en nuestra larga y mísera agonía,
ya el último floron, áun no marchito,
que nos envidia el mundo todavía.

Como el vuelo del alma es infinito,
y mientras hallen en la mente humana
luz la esperanza, sombras el delito,

tiernos anhelos el amor, cristiana
resignacion los débiles que gimen,
fieros empeños la ambicion tirana,

llanto el dolor, remordimiento el crímen,
premio la fé, castigo la mentira
y borrascosas noches los que oprimen;

el vate audaz, si en la pasion se inspira,
podrá pulsar con vigorosa mano
el corazon del hombre, que es su lira:

como aún florecen en el suelo hispano
claros ingenios que la intensa llama
alimentan del númen castellano,

en esta escena, con la vária trama
de sus afanes y vigilias fruto,
buscarán los laureles de la fama.

Si á veces el error, comun tributo
de la humana flaqueza, los pervierte
y cubre su razon de sombra y luto,

ántes de ser inexorable, advierte
que en esta ruda y desigual pelea,
eres el más dichoso y el más fuerte.

Nunca, nunca el espíritu que crea
se lanzará con incansable brio
por los radiantes mundos de la idea,

si á todo noble sentimiento frio,
sólo el gastado público le ofrece
glacial indiferencia y seco hastío.

Cuando la Poësía desfallece
y cual ébria bacante desceñida
se revuelca en el fango, y se envilece ;

cuando la muchedumbre descreida,
en torpes espectáculos apura
los más brutales goces de la vida,

y únicamente excitan su locura,
despiertan sólo su vigor dormido
la sátira procaz, la danza impura;

entónces, como el aire corrompido
que invadiendo el espacio, se dilata
lento, invisible, acaso no sentido,

la cólera del cielo se desata,
avanza sin cesar muda y sombría,
y como el rayo y la epidemia mata.

Entónces Dios sobre la raza impía
que marcha presurosa hácia el abismo,
sus horrendas catástrofes envía;

la podredumbre engendra el egoismo,
y ya no tiene el pueblo degradado
fuerza y valor para salvarse él mismo.

Y camina á su fin precipitado,
y su terrible expiacion comienza,
y se pierde en la noche del pecado...

¡Ah! ¡que ignominia tanta no nos venza,
hijos de España, y si la angustia crece
lloremos de afliccion, no de vergüenza!

Porque el ánimo honrado resplandece
con la adversa fortuna, y en el mundo
sólo humilla el dolor que se merece.

De toda corrupcion, de todo inmundo
gérmen, de todo estancamiento insano,
brota el mal potentísimo y fecundo:

la asoladora fiebre, del pantano,
la peste, de los campos de batalla
y de los pueblos muertos, el tirano.

Tú puedes ser inquebrantable valla,
Senado ilustre, á la inmoral corriente
que fácil paso entre nosotros halla.

Tú puedes evitar que se acreciente
la gangrena social, esa gangrena
fria, senil, que mata y no se siente.

Y si consigues que la pátria escena
de entre sus juegos lícitos descarte
la burla impía y la invencion obscena;

si por tu esfuerzo en ráfagas se parte
esta niebla densísima que empaña
la religion, la libertad y el arte,
tú serás salvo, y salvarás á España.

Noviembre de 1873.



¡POBRE LOCA!

I.

Todas las tardes, cuando el sol declina
en brazos del misterio,
una mujer llorosa se encamina
al santo cementerio.

Con tosco y miserable desaliño
tocas de luto viste,
y lleva de la mano á un pobre niño
descalzo, enfermo y triste.

El paso torpe y trémulo apresura,
marchando silenciosa
hácia la solitaria sepultura
en que su amor reposa.

¡Ay! su semblante tétrico y sombrío,
su atónita mirada
reflejan el dolor y el desvarío
de un alma destrozada.

Al pié del nicho desarruga el ceño,
detiene su carrera,
llama en la losa con tenaz empeño,
y espera, espera, espera...

El niño tiembla. La impaciente loca
que á un tiempo reza y gime,
que el dulce nombre del esposo invoca
con ansiedad sublime,

golpea el mármol sepulcral, y el eco
sordamente retumba
con lúgubre gemido, desde el hueco
de la cerrada tumba.

Y la infeliz mujer, en son de queja
grita: —¿Dónde estás, dónde?
Rompe en sollozos, y por fin se aleja
diciendo al niño: —¿ves? No me responde.—

II.

¡Ah, no le llores más! ¿Por qué el ingrato,
por qué, si te quería,
abandonó tu cariñoso trato,
tu blanda compañía,

la santa paz de la familia, el culto
de sus tranquilos lares,
para excitar en medio del tumulto
las iras populares?

Siempre deja en su bárbaro extravío
la inquieta muchedumbre,
más de un amante corazon vacío,
más de un hogar sin lumbre.

¿Por qué no recordó cuando inhumano
á su rencor cediendo,
corrió á verter la sangre de su hermano
en el combate horrendo,

que cuantos en la lucha sucumbian,
ante el peligro fijos
por la voz del deber, como él tendrian
madres, esposas, hijos?

¿Por qué no recordó que un pueblo libre,
ni límite ni coto
pondrá á sus desventuras, mientras vibre
el arma en vez del voto?

. . . .

¡Ah, no le llores más! No lo merece.
No sufras ni batalles.
El que mancha con sangre, el que envilece
por plazas y por calles

la augusta libertad, el que furioso
apela al hierro insano,
no es tierno padre, ni sensible esposo,
ni honrado ciudadano.

17 de Noviembre de 1873.

A LA MUERTE
DE
D. ANTONIO RIOS ROSAS.

¡ Cayó como la piedra en la laguna
con rudo golpe en la insondable fosa !
Ya no levantará tormenta alguna
su elocuencia, vibrando en la tribuna,
terrible como el rayo y luminosa.

¡ Triste destino de la gloria humana
tan costosa, tan mísera y tan vana!
¡ Ayer grandeza, y entusiasmo, y ruido;
hoy tributo de lágrimas; mañana
hondo silencio, y soledad, y olvido!

En la infinita sed que nos aqueja,
¿ qué es nuestra vida ? El sueño de un momento,
onda que pasa, sombra que se aleja,
ave tímida y muda que no deja
ni el rastro de sus alas en el viento.

¡ Cuántas, cuántas memorias arrebata
nuestra viviente y ráuda catarata !
¿ Qué es el mártir ? ¿ Qué el genio ? Qué el tirano
en el torrente del linaje humano,
que á través de los tiempos se dilata ?

La secular encina, siempre verde,
de sus marchitos frutos se despoja
sin que nadie, mirándola, recuerde
ni el seco ramo, ni la inútil hoja
que en su invisible crecimiento pierde.

¡ Todo es misterio, vértigo y locura !
La vida frágil, el renombre incierto,
y la tremenda eternidad oscura...
Sólo podemos dar á los que han muerto,
con fé piadosa, honrada sepultura.

Él la tendrá con lágrimas regada.
¿ Cómo olvidar tan pronto, patria mia,
la imperiosa atraccion de su mirada,
su voz, su ardiente voz, rígida espada
que al chocar y al herir resplandecia ?

A veces imagino que áun le veo
erguirse reposado y pensativo,
y á un tiempo mismo Tácito y Tirteo
arrostrar el contrario clamoreo,
cuanto más acosado más altivo.

Con fuerza potentísima y secreta
brotaban de su espíritu fecundo
el dardo agudo, la alusion discreta,
la cólera inspirada del poeta
y la sentencia del varon profundo.

En el peligro, enérgico y valiente,
jamás cedió su varonil denuedo,
ni se dejó arrastrar por la corriente;
nunca dobló su poderosa frente
ante los vanos ídolos del miedo.

Noble y robusto vástago de aquella
viril generacion, que al mundo vino
cuando, impulsado por su infausta estrella,
marcó en España su iracunda huella
el rayo de la guerra y del destino;

cuando de su letargo despertaba
la nacion de Lepanto y de Pavía,
y en lid ardiente, inextinguible y brava,
mostró con su teson que no queria
vivir sin honra, ni morir esclava.

Nacida entre el tumulto y el fracaso
de una lucha titánica y suprema,
esa generacion que hácia su ocaso
dirige el triste y vacilante paso,
es el himno triunfal de aquel poema.

Arrojada y resuelta cual ninguna,
como engendrada en tan heróico empeño,
templóla en sus rigores la fortuna,
la ronca tempestad meció su cuna
y el eco del cañon la arrulló el sueño.

Siempre en la brecha y siempre enardecida,
sin temor al destierro ni al verdugo,
con estóico desprecio de la vida
rompió, lidiando, el ominoso yugo
que soportaba España, envilecida.

De su entusiasta afan en los extremos
amasó con la sangre de sus venas
la libertad que á su valor debemos.
¡Hoy nosotros, sus hijos, no tenemos
ni esperanza, ni fé, ni patria apenas!

El genio nacional, antes dormido
en la profunda noche del olvido,
llenó los aires con su voz sonora,
como el alegre pájaro en el nido
cuando le llama la rosada aurora.

¡Qué espontáneo y feliz renacimiento!
¡Que pléyada de artistas y escritores!
En la luz, en las ondas, en el viento
hallaba inspiracion el pensamiento,
gloria el soldado y el pintor colores.

¡Larra, Pacheco, Rivas, Espronceda,
Olózaga, Donoso, Avellaneda
y cien nombres, orgullo de la historia,
ya son polvo no más! ¡Ya su memoria
sólo en el pueblo que ilustraron queda!

¡ Su memoria mortal, que se derrumba
al impulso del siglo ! Eco postrero
de su apagada voz, sordo retumba
en el helado mármol de la tumba,
y se pierde en los ámbitos ligero.

Cuando, vertiendo silencioso llanto,
vuelvo á mi edad la vista atribulada,
siento á la vez indignacion y espanto.
¡ Cómo pensar, generacion menguada,
que en pocos lustros descendieras tanto !

Nuestros padres con ánimo sereno
hallaron en los campos de pelea
algo fecundo, provechoso y bueno.
Nosotros, sumergidos en el cieno,
no encontramos un hombre ni una idea.

Su aliento generoso y esforzado,
de Cádiz á las cumbres del Pirene
avivó el fuego del honor, sagrado.
Hoy la estéril república no tiene
ni un cantor, ni un artista, ni un soldado.

Ni nos defiende ya, ni el golpe embota,
partido en mil pedazos nuestro escudo.
El vulgo, el necio vulgo nos azota:
yace el arte decrépito, está mudo
el genio, el arpa destemplada y rota.

Álguien con torpe y mentiroso halago,
en busca del aplauso apetecido,
agitó el fondo del impuro lago,
¡ ay ! y el vapor del fango removido
sólo engendra la peste y el estrago.

Tú dormirás en paz, ¡ oh varon fuerte !
con el sol de la patria que declina.
Y es venturosa y envidiable suerte
reposar en los brazos de la muerte,
cuando todo es dolor, vergüenza y ruina.

Tú, de este triste y borrascoso drama
sacaste el puro corazon ileso.
Otros, que el pueblo alborotado aclama,
no dormirán tranquilos bajo el peso,
bajo el terrible peso de su fama.

5 de Noviembre de 1873.

¡CARTAGENA!

¡Ay! cuando un pueblo rompe la valla,
y con instinto ciego y brutal
incendia y tala, mata y blasfema
y en sangre anega su libertad,
la turbulencia que engendra mónstruos
crea el tirano providencial;
que tambien tiene, como las fieras,
sus domadores la humanidad.

10 de Agosto 1873.

A EMILIO CASTELAR (5).

¡ Ya triunfó la república! Has vencido.
Tras prolongada y mísera agonía
lanzó á tus plantas el postrer gemido
nuestra sacra y gloriosa monarquía.
No vino á tierra como el cedro erguido
que el huracan y el rayo desafía:
cayó como la mústia y débil hoja
de que en Octubre el árbol se despoja.

¡ Ay! ¿ Esta sociedad que desespera,
logrará acaso tiempos más felices,
por que haya muerto, sin luchar siquiera,
la tradicion excelsa que maldices?
¡ Se desplomó quizás por que tuviera
podrido el tronco y secas las raíces?
¿ Fué su impensada y rápida caida,
torpe venganza ó pena merecida?

Si al paso que se extingue y desvanece
como el último rayo vespertino,
renace el órden y la paz florece,
es que cumplió la ley de su destino.
Pero si la tormenta se embravece,
si nos arrolla el raudo torbellino,
si no se aclara el porvenir incierto,
entónces es que asesinada ha muerto.

Mientras el cielo mi conciencia guarde,
jamás se apartará de mi memoria
aquella triste y vergonzosa tarde,
baldon eterno de la patria historia:
en que un senado imbécil ó cobarde
vendió sin fruto y entregó sin gloria,
cediendo á los estímulos del miedo,
el trono secular de Recaredo.

No nació la república, gloriosa,
formidable y potente en lid reñida,
ni cual del casto cáliz de la rosa
la pura esencia en ondas esparcida.
Brotó de aquella tarde ignominiosa
como brota la sangre de la herida,

y como en medio de mortales dudas
nació de un beso la traicion de Judas.

¡ Oh ! ¡ Quién tuviese la robusta vena
de aquel ilustre historiador romano,
que en libros inmortales encadena
los fieros mónstruos del linaje humano!
Mi pluma entónces... ¡ pero no! La pena
que envilece al leon, honra al gusano:
nunca la ruin bajeza ha merecido
censura eterna, sino eterno olvido.

Tal vez ceñida de fulgentes galas
forjóse tu ilusion que en pleno dia
la república, austera como Pálas,
del cerebro del pueblo surgiría.
Tal vez pensaste que al tender sus alas
paz y ventura y luz derramaría,
siendo para tu fama, ¡ oh nuevo Orfeo!
la honrada encarnacion de tu deseo.

Si el llanto no te ciega, en torno mira:
ya tu inspirada voz no la conmueve,
ya su templanza se convierte en ira,
ya revienta el volcan bajo la nieve.

Ya ha arrebatado tu sonora lira
la desgreñada Musa de la plebe;
ya suena en vez de tu rotunda estrofa
brutal insulto y sanguinaria mofa.

Ya con sordo fragor se precipita
y mueve á Dios desesperada guerra,
la santa cruz de los sepulcros quita,
vuelca las aras y los templos cierra.
Ya con furor satánico medita,
no sólo echar á Cristo de la tierra,
sino dejar en su insensato anhelo
mudo y vacío y solitario el cielo.

¡Inútil presuncion! Cuando mañana
se agoste, como yerba, el poderío
de esta generacion soberbia y vana
que lanza á Dios su imbécil desafío;
cuando de su grandeza soberana
quede el polvo no más, árido y frio,
¡tú, redentora cruz! ¡tú, santo leño,
sobre las tumbas guardarás su sueño!

¡Valor, Emilio! El pueblo se desborda
y nuestra gloria secular destruye.

¡Ya no existe el ejército! ¡Ya es horda
la que fué hueste, y se desmanda y huye!
La anarquía los ámbitos asorda,
la honrada libertad se prostituye,
y óyense los ahullidos de la hiena
en Alcoy, en Montilla, en Cartagena.

Tu voz, que siempre condenó la saña
de la turba feroz, de nuevo estalle,
y vibre como el trueno en la montaña
y el bronce de los templos en el valle.
La triste España, nuestra madre España
se desangra entre el cieno de la calle;
ébrio el desórden la denosta y hiere.
Agonizando está. ¡Sálvala, ó muere!

23 de Diciembre de 1873.



LUZ Y VIDA.

Cuando en el seno de la noche fria
oculta el sol su resplandor fecundo,
es para renacer, y espera el mundo
la nueva luz con el cercano dia.
Mas ¿quién penetra la inquietud sombría
que abruma el corazon del moribundo?
¿Quién sabe lo que guarda ese profundo
crepúsculo moral de la agonía?
Desde la alta region del firmamento
el sol, en acordado movimiento,
con la nocturna oscuridad alterna.
Pero tú, miserable vida humana,
no mueres hoy para brillar mañana.
¡Ay, no! tu noche es lóbrega y eterna.

1873.

RAIMUNDO LULIO.

Á UN AMIGO DE LA INFANCIA.

Acoge cariñoso,
como sencilla ofrenda que tributo
á nuestro antiguo afecto,
mis pobres cantos de *Raimundo Lulio.*

Esta doliente historia
encierra un grave pensamiento, oscuro
quizás, porque mi musa
ni engrandecerle ni aclararle supo.

De la atrevida ciencia
que huye de Dios, y en su rebelde orgullo,
con sus fulgores sólo
quiere llenar los cielos y los mundos;

de esa ciencia á que rinde
la vanidad del hombre ciego culto,
y que persigue siempre
con sacrílego afan y ardor impuro;

por quien, obedeciendo
de su apetito al indomable impulso,
mancha las sacras aras,
y á Dios disputa su poder augusto:

en Blanca, en esa hermosa
Blanca, sueño y delirio de Raimundo,
el símbolo terrible,
el triste emblema presentar procuro.

¡ Ay ! cuando devorado
por insaciable sed, loco y convulso
piensa alcanzar el hombre
de su soberbia el anhelado fruto,

¿ qué encuentra ? Eterna duda,
eterno hastío entre el placer oculto,
y bajo régias galas
la horrible podredumbre del sepulcro.

Mas no por que condene
esos, que errores de la ciencia juzgo,
para extirparlos pido
el auxilio sangriento del vedugo.

Impuestas por la fuerza,
ó por la vil supersticion del vulgo,
odiosas me serian
la verdad y la fé que ansioso busco.

Hijo soy de mi siglo,
y no puedo olvidar que por el triunfo
de la conciencia humana,
desde mis años juveniles lucho.

Por bárbaro rechazo
de la brutal intolerancia el yugo,
y quiero en campo abierto
libremente lidiar con el absurdo.

11 de Febrero 1875.

CANTO I.

PROFANACION.

Como el radiante sol cuando declina,
la vida con sus últimos reflejos
nuestros yertos recuerdos ilumina,

y vemos todos, al llegar á viejos,
el muerto bien que la memoria guarda
más rico de color cuanto más léjos.

Hoy que la edad me postra y acobarda,
mi pasada ilusion cruza furtiva,
á través de los años más gallarda.

¡Oh vision misteriosa y fugitiva,
que remontaste apresurada el vuelo
al centro de la luz eterna y viva!

¡Oh Blanca mia! ¡oh Blanca de Castelo,
á mis ojos tan casta y luminosa
como las mismas vírgenes del cielo!

Resplandecian en tu faz hermosa
el ampo de la nieve inmaculada
y el matíz perfumado de la rosa.

Y era tanto el poder de tu mirada,
tan intensa su luz, que sus destellos
penetraron en mí como una espada.

Coronaban tu frente los cabellos
como rayos de sol entretejidos,
para que el alma se prendiera en ellos.

Y estaban mis potencias y sentidos
suspensos del aliento de tu boca,
tierno regazo de ósculos dormidos.

Te ví y te amé con la pasion más loca
que puede contener el alma humana
cuando en la altura de sus sueños toca.

¡Cuántas veces al pié de tu ventana,
siempre cerrada para mí, llorando
me sorprendió la luz de la mañana!

Jamás tu acento melodioso y blando
dió forma á una promesa lisonjera,
y entre el cariño y el temor luchando,

á un tiempo mismo generosa y fiera,
parecian decir á mi deseo
tus ojos: ¡nunca! — y tu silencio: ¡espera!

¡Ay, qué terrible incertidumbre! Creo
que es menor la ansiedad, menor la duda
con que el fallo mortal aguarda el reo.

Mas siempre, siempre en la contienda ruda
de mi invencible amor, sombra querida,
te hallé á mi ruego impenetrable y muda.

¡Qué miserable vida fué mi vida!
Brotaban los sollozos de mi pecho
como estalla la llama comprimida.

Y de noche, agitándome en el lecho,
de dia, persiguiéndote incesante
con la torpe insistencia del despecho,

cuanto ménos querido, más amante,
miraba trascurrir, ardiendo en ira,
como un siglo de angustias cada instante.

¡ Qué solitario y tétrico suspira
el corazon que osado se levanta
y en su delirio á lo imposible aspira !

La esperanza del hombre es arpa santa :
pulsa la fé sus cuerdas, y sublime
en medio del dolor, preludia y canta.

Mas si con mano bárbara le oprime
el vil recelo, estéril y cobarde,
en medio del placer, se rompe y gime.—

Haciendo de mi amor público alarde,
por las calles de Palma te seguia
una tarde de Abril. ¡ Qué hermosa tarde !

El sol su excelsa majestad hundia
en el seno del mar, con sus fulgores
arrebolando el término del dia,

y llenaban el aire esos rumores
que despiertan, abriendo su capullo
á los besos del céfiro, las flores.

De las palomas el sentido arrullo,
el sonoro bullir de las corrientes,
del viento y de las hojas el murmullo,

todo inspiraba al corazon ardientes
y tenaces deseos; todo amaba,
auras y flores, pájaros y fuentes.

En árabe corcel, que levantaba
nubes de polvo al estampar su huella,
y el duro freno indómito tascaba,

en pos de tí, que pudorosa y bella
recatabas la faz, con paso lento
iba yo á impulsos de mi negra estrella.

Súbito, arrebatado pensamiento
turbó mi juicio y removió las heces
de mi amargo pesar y mi tormento;

recordé con furor tus esquiveces,
sentí en el corazon la mordedura
de la sospecha ruin, una y mil veces,

y descompuesto, ciego, en mi locura
al inquieto corcel piqué la espuela,
para alcanzar por fuerza mi ventura.

Tú, como el ave que azorada vuela,
lanzaste un grito de terror, el grito
de la honrada virtud que se revela.

Sin duda el hondo torcedor maldito
que excitaba mi afan y mis enojos
debiste ver en mi semblante escrito,

porque cayendo atónita de hinojos,
rígida y sin color como una muerta
volviste á mí los espantados ojos.

— La calle estaba, por tu mal, desierta, —
y ya creia en mi febril anhelo
el triunfo fácil y la dicha cierta,

cuando de pronto, alzándote del suelo,
hácia una iglesia gótica cercana
avanzaste veloz, clamando al cielo.

Muda de asombro y confusion la anciana
que te seguia, penetró contigo
en la augusta basílica cristiana,

y yo ¡insensato! — con horror lo digo, —
provocando de Dios el justo fallo
al bruto indócil apliqué el castigo;

hizo sonar su endurecido callo
en las losas del átrio, y de repente
dentro del templo me encontré á caballo.

Lo que entónces pasó, no habrá quien cuente:
sé que al verme llegar pálido y fiero
corrió sordo rumor entre la gente;

que trastornado yo, pero altanero,
en torno las miradas revolvia,
acariciando el puño de mi acero,

y que con pompa abrumadora y fria
un helado cadáver en la cumbre
del enlutado túmulo yacía.

De los blandones la rojiza lumbre
reverberando en los bordados de oro,
el pasmo de la absorta muchedumbre;

de la terrible música el sonoro
raudal, que con los rezos confundido,
inundaba la nave desde el coro;

el ronco *Miserere*, ese gemido
de nuestra vanidad, que brilla apenas
para perderse en el eterno olvido;

todo, mezclado con mis propias penas,
condenaba mi intento temerario
y el calor apagaba de mis venas.

11

Me pareció que de su oscuro osario
alzábanse los muertos con estruendo,
envueltos en su fúnebre sudario.

Helóseme la sangre, y revolviendo
con ímpetu el rendal, gané la puerta,
de mi conciencia amedrentada huyendo,
lívido el rostro y la mirada incierta.



CANTO SEGUNDO.

INSOMNIO.

Mi caballo, sintiendo el acicate
y no la brida, abandonada y suelta,
salió escapado con furioso embate.

La atropellada multitud, envuelta
en el espeso polvo del camino,
me apostrofaba enérgica y resuelta.

Pero yo, como el raudo torbellino
que á través de los bosques se abre paso,
avanzaba frenético y sin tino.

Falto de aliento, de vigor escaso,
iba como la seca y móvil hoja
al impulso del viento y del acaso.

Poco á poco el temor y la congoja
fueron cediendo; recobré el estribo,
con mano firme aseguré la floja

y descuidada rienda, erguíme altivo,
y lentamente hácia el paterno techo
retrocedí cansado y pensativo.

Arrojéme sin fuerzas en el lecho,
y con furor reconcentrado y rudo
herí mi frente, desgarré mi pecho.

Como si atara mi garganta un nudo
pugnaba por gritar, y no podia,
porque el dolor que se desborda es mudo.

¡Noche de insomnio, noche de agonía,
que vives ¡ay! en mi memoria impresa
con indelebles rasgos todavía!

¡Aun tiemblo de pavor! Al hacer presa
la calentura en mí, formas extrañas
se destacaron de la sombra espesa.

Híbridos mónstruos, fieras alimañas,
trasgos y espectros espantosos, hijos
del fuego abrasador de mis entrañas,

al par deslumbradores y prolijos
revolaban en torno de mi frente,
con sus ojos de luz, siempre en mí fijos.

Y en el círculo tú, resplandeciente
como la estrella matutina, muda
como el pudor, como el amor, ardiente,

mostrándote á mi afan, medio desnuda,
confuso el rostro, palpitante el seno
cual la virtud que desfallece y duda,

con blando halago, de promesas lleno,
como nunca gozaron los mortales,
soltabas ¡ ay ! á mi pasion el freno.

Yo, rompiendo los diáfanos cendales
que te envolvian, con hambrientos ojos
devoraba tus formas virginales,

y esclavo de mis lúbricos antojos,
vencido por el lánguido embeleso
de tu húmeda pupila y labios rojos,

de mi amante ilusion en el exceso,
estático y dichoso hubiera dado
mi eternidad de gloria por un beso.

¡Por un beso no más! Desesperado,
atropellando la medrosa hueste
de mónstruos que giraban á mi lado,

quise alcanzarte, aparicion celeste,
y las manos tendí con desvarío
para rasgar tu inmaculada veste;

pero hallé un esqueleto hórrido y frio
que al deshacerse en mis convulsos brazos
exclamaba llorando: — ¡Ay, amor mio! —

Y bajo la opresion de estos abrazos
de muerte, de estos punzadores goces,
mi corazon saltaba hecho pedazos.

Y otra vez, dando incomprensibles voces,
volvian los abortos del mareo
á perseguirme airados y veloces.

Y otra vez, ofreciéndote en trofeo
á mi imposible amor, te descubria
más cerca y más radiante mi deseo...

¿Cuánto duró la fiebre? No sabria
decirlo: sé que sonrosada y bella
calmó mi ardor la claridad del dia.

¡Ay! á juzgar por la profunda huella
que el dolor dejó en mí, duró las horas
de mi edad juvenil la noche aquella.

Huyeron las visiones tentadoras
á la naciente luz, con manso ruido
batió el sueño sus alas bienhechoras,

y como el gladiador, que ya rendido,
el postrer golpe resignado espera,
cerré los ojos, y perdí el sentido.

Ya el sol en la mitad de su carrera,
desparramaba sobre el ancho mundo
su fúlgida y dorada cabellera,

cuando saliendo yo de mi profundo
letargo, alcéme triste y macilento
como vuelve á la vida el moribundo.

En medio de mi vago aturdimiento
recordé tus ofensas, tan contrito
como espantado de mi loco intento,

y buscando el perdon de mi delito
estos versos tracé, que de buen grado
hubiera con mis lágrimas escrito:

—

«¡Oh Blanca! Cierto que la culpa mia
es grande: ni la oculto ni la niego.
Pero vencido por mi humilde ruego
Dios al mismo Luzbel perdonaria.

Injusta pena por demás sería
la que impusieres, cuando ve el más ciego
que aviva tu desden mi amante fuego
y es causa tu rigor de mi porfía.

¡Oh mi vida! ¡Oh mi luz! Oh mi esperanza!
Ahógame entre tus brazos si á moverte
mi fervorosa súplica no alcanza.

Que yo al morir bendeciré mi suerte,
pues será compasion, y no venganza,
darme en tu seno cándido la muerte.»

—

Berenguer de Pedralves, mi criado,
animoso y resuelto, halló camino
de entrar en tu mansion, sin ser notado.

Encomendé mi carta á su buen tino,
y tal maña se dió, que en plazo breve
con la respuesta inesperada vino.

Quien sienta y sufra como yo, quien pruebe
la esquiva condicion de un pecho ingrato,
para el amor de endurecida nieve,

ese quizás comprenda el arrebato
con que tu carta abrí, sin que acertara
á entender su enigmático relato:

—

«Mísera y desdichada criatura,
lamento vuestro error, y le perdono.
Mas ¿quién me guardará de vuestro encono
si en la casa de Dios no estoy segura?

Nada vale la efímera hermosura
con que, sin pretenderlo, os aprisiono.
Dejad que se marchite en su abandono
y alzad los ojos á mayor altura.

Pero si con mi ruego no os obligo,
rompiendo para siempre nuestros lazos
á separaros del amor terreno;

si es para vos piedad y no castigo
hallar la muerte en mis crispados brazos,
venid, que acaso dormirá en mi seno.»

—

Era la cita misteriosa y rara;
mas cuando la pasion nos precipita,
¿quién en vanos escrúpulos repara?

—A un tiempo mismo—murmuré—me incita
y me desprecia. La razon no acierto;
pero ¿qué importa? Acudiré á la cita.—

Y cuando en mi amoroso desconcierto
esto decia, lúgubre y lejana
en los aires vibró, doblando á muerto,
la penetrante voz de una campana.

CANTO III.

LA CITA.

La negra noche su enlutado manto
por la serena atmósfera tendia
con inefable y misterioso encanto.

¡Cuánta tristeza y cuánta poesía
en el herido corazon despierta
ese adios melancólico del dia!

La luz crepuscular pálida y yerta
que pasa, se amortigua y desvanece
como recuerdo de esperanza muerta;

la muda sombra que impalpable crece,
y á semejanza del dolor humano
todo lo apaga y todo lo oscurece;

aquel silencio, de la muerte hermano,
que extingue los latidos de la vida
en la selva, en la cumbre y en el llano;

aquel suave silencio que convida
al sueño; aquella soledad suprema,
á la paz del sepulcro parecida;

el fulgor de la luna, casto emblema
del doméstico hogar puro y honrado,
que alumbra y dá calor; pero no quema;

el infinito espacio, tachonado
de innúmeras estrellas, que el camino
señalan de otra patria al desdichado,

y son el geroglífico divino
que en la bóveda inmensa Dios imprime
para enseñar al hombre su destino:

todo es en tí patético y sublime,
¡oh noche augusta! para el alma inquieta
que duda y ama, que medita y gime.

Esperé, pues, con la ansiedad secreta
del que sueña en cercanas alegrías,
á que la lobreguez fuese completa,

y dando suelta á las pasiones mias
perdíme entónces, de temor ajeno,
por calles solitarias y sombrías.

Insensible mí espíritu sereno
á los siniestros cuentos y consejas
que inventa el vulgo, de aprensiones lleno,

altivo, con la capa hasta las cejas
y la mano en el pomo de la espada,
palpitando de amor llegué á tus rejas.

Tú aguardabas allí, triste, callada,
inmóvil, como estátua misteriosa
en su lecho de piedra incorporada,

y al verme, con palabra recelosa,
ténue como el suspiro comprimido
que del deshecho corazon rebosa,

—¡Cuán desgraciada soy! Habeis venido,—
dijiste, alzando la mirada al cielo
y arrancando del alma hondo gemido.

—¿Tanto me aborreceis, que os causa duelo
mi presencia,—exclamé—cuando en el mundo,
cifro en vos, sólo en vos, todo mi anhelo?—

—Quizás os pese y lo lloreis, Raimundo,—
respondiste con voz solemne y grave
como el último adios del moribundo.

Llegué á tu puerta, rechinó la llave,
abrió y entré. Lo que en aquel momento
pasó dentro de mí, nadie lo sabe.

La rápida explosion de mi contento
tan ruda fué, que atónito y confuso
detuve el paso hasta cobrar aliento.

¡Cón qué placer mi corazon iluso
vió entónces acortarse la distancia
que tu rigor entre nosotros puso!

Sobrecogido penetré en tu estancia,
en aquella mansion tranquila y pura
como los castos sueños de la infancia.

De una lámpara de oro, la insegura
y vacilante luz, con noble empleo
alumbraba de lleno tu hermosura.

¡Ay! á despecho de la edad, áun veo
tu imágen melancólica y esbelta
como jamás la sospechó el deseo.

En níveo traje desceñido, envuelta,
por tu gallarda espalda descendia
la cabellera destrenzada y suelta.

Tu mirada, fijándose en la mia,
intensa como el rayo y penetrante
la sangre de mis venas encendia.

Tímida, ruborosa y anhelante,
con la impresion de la inquietud y el miedo
retratada en tu angélico semblante,

me viste aparecer, y con el dedo
mostrándome un sitial, por vez primera
tu labio me llamó, quedo, muy quedo.

Y al pronunciar mi nombre, tu voz era
como arrullo de tórtola que anida
y al tierno esposo enamorada espera.

De impaciencia y temor el alma henchida
obediente moví la débil planta
y á tus piés me postré, luz de mi vida.

A tus piés me postré; pero con tanta
agitacion que demudado y frio
sentí ahogarse la voz en mi garganta:

hasta que al fin como el hinchado rio
que se desborda y precipita ciego,
estalló sordamente el amor mio.

Y estalló con sus cláusulas de fuego,
con su expresion incoherente y rota
por el halago, y la pasion, y el ruego;

12

con ese dulce cántico que brota
al fecundo calor de una mirada,
y lleva una ilusion en cada nota;

con esa breve frase entrecortada
que al morir en los labios, adivina
el corazon de la mujer amada,

música de las almas, peregrina,
que con suspiros trémulos empieza
y con vibrantes ósculos termina.

No sé lo que te dijo mi terneza
entónces: sé que al escuchar mi acento
doblaste blandamente la cabeza;

sé que en tu irresistible arrobamiento
más de una vez, á tu pesar, sin duda,
se confundió tu aliento con mi aliento;

sé qué en aquella prueba áspera y ruda,
tú, en amorosas lides inexperta,
debiste al cielo demandar ayuda;

sé—y al profundizar mi herida abierta
áun abundantes lágrimas derramo,—
que conmovida, fascinada, incierta,

como pobre avecilla que al reclamo
acude presurosa, me dijiste
en mis brazos cayendo:—¡Te amo! ¡Te amo!—

¿Qué más pude escuchar? ¿Ni quién resiste
al grato influjo de la voz querida,
á un tiempo mismo apasionada y triste?

Dentro de mí se engrandeció la vida,
y ante mis ojos fulguró cercana
la dicha ansiada y nunca conseguida.

Y té abracé con fuerza sobrehumana,
y mis labios ardientes dejé impresos
¡ay! en los tuyos de encendida grana.

Y sentí penetrar aquellos besos
que arrebataba á tu inocencia esquiva,
cual plomo derretido, hasta mis huesos.

Ya, redoblando mis esfuerzos, iba
á vencer tu virtud lánguida y yerta,
cuando de pronto, sacudiendo altiva

la noble frente, de rubor cubierta,
me rechazaste pálida y convulsa
exclamando:—¡Jamás! ¡Primero muerta!—

Como es ciego el amor que nos impulsa,
tomé por la postrera llamarada
del pudor vacilante tu repulsa.

Y te busqué otra vez, y acongojada
reprimiste otra vez mi atrevimiento,
diciéndome con voz ronca y ahogada:

—¡Soy débil, perdonadme! En vano intento
sofocar mi pasion, que ya no puede
permanecer oculta. ¡Harto lo siento!

Dios no permite que en la sombra quede
comprimido este afan que me consume:
el alma mia á sus impulsos cede.

Y cual la vïoleta que presume
de modesta y humilde, aunque se esconda
revela dónde está con su perfume,

es inútil querer que no responda
al fuego inextinguible en que me abraso,
mi agitacion desordenada y honda.

Sabedlo, pues; pero olvidadme! ¿Acaso
debo pensar en el amor terreno,
yo, moribunda y triste ave de paso?

Esto soy, esto ansíais, este es el seno
donde la muerte os pareciera hermosa.
Ved lo que guarda. ¡ Podredumbre y cieno! —

Y con mano alterada y temblorosa
descubriste tu pecho, carcomido
por repugnante llaga cancerosa.

—¡ Ay! dijiste cayendo sin sentido
al contemplar mi horror:—¿Me amabais tanto
que á robarme la vida habeis venido?—

Yo, mudo de estupor, con el espanto
pintándose en mi faz desencajada,
pudiendo apenas reprimir el llanto,

vi deshacerse en polvo, en humo, en nada
mis ensueños, mi gloria, mi alegría,
el encanto del alma enamorada.

Y sentí, bajo el golpe que me heria
vacío el corazon, vacío el mundo,
hasta la misma inmensidad vacía.

Trastornóse mi vida en un segundo,
y como aquel á quien del sueño arranca
dolor extraño, insólito, profundo,

dando á mi exaltacion salida franca,
¡Blanca! — gemí desesperado, al verte
caer cual ave herida: —¡Blanca, Blanca!

¡Oye mi ruego! ¡Unamos nuestra suerte! —
Mas ¡ay! que sólo al llamamiento mio
contestaba el silencio de la muerte.

En mi airado y frenético extravío,
de Dios y de los hombres olvidado
cogí en mis brazos tu cadáver frio,

le estreché con furor, y arrebatado
besé tu boca lívida, aún caliente,
como nido recien abandonado.

Y así hubiera seguido eternamente
abrazado á tus míseros despojos,
ajeno á todo, á todo indiferente,

helado el corazon, turbios los ojos,
si no hubiera sentido de improviso
rumor de gente y ruido de cerrojos.

Piadoso el cielo, con aquel aviso
quizás volverme la razon perdida
y poner fin á mis angustias quiso.

Otra vez, en señal de despedida
posé mis labios en tu faz serena,
y en aquel beso te dejé mi vida.

Salí. La noche trasparente, llena
de reposo, insultaba mi tormento
y parecia escarnecer mi pena.

Templó mi fiebre abrasadora, el viento
bullicioso y sutil, y más tranquilo
dijo en la soledad mi pensamiento:

—¡Mundo engañoso, adios! Rompióse el hilo
que me ligaba á tí, y en su regazo
la religion me prestará un asilo.

Unió la muerte con estrecho lazo
nuestras almas ¡oh Blanca de Castelo!
Mi senda es fatigosa; pero el plazo
breve y seguro. ¡Espérame en el cielo!

10 de Febrero de 1875.



TRISTEZAS.

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba á Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales;

Hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fé perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
prosternaba mi frente

en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi jóven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto, parecido
á un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave;

Las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiracion del arte á lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito;

Haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando á los cielos llega,
surge cada oracion distinta y clara;

En el gótico altar inmoble y fijo
el santo crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida,
para el dolor y la humildad abiertos;

El místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazon que sufre ó sueña;

Todo elevaba mi ánimo intranquilo
á más sereno asilo:
religion, arte, soledad, misterio...
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mia,
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,
envuelta en sus flotantes vestiduras

volaba á las alturas,
vírgen sin mancha, mi oracion de niño.

Su ráuda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
rasgábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo, que ántes para mí tenías
fulgores y armonías,
y hoy tan oscuro y desolado veo!

Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pié de tus altares
como en mis años de candor no acudo.
Para llegar á tí perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;

grito, y nadie responde
á mi angustiada voz; alzo los ojos
y á penetrar la lobreguez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
á su impiedad, ¡oh Cristo!
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime,

¡Y ese Dios no eres tú! No tu serena
faz, de consuelos llena,
alumbra y guia nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
su cielo es el vacío,
Sacerdote el error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde á tu voz, más atrevido;
entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel, potente;
pero tambien, como Luzbel, caido.

A medida que marcha y que investiga,
es mayor su fatiga,
es su noche más honda y más oscura,
y pasma, al ver lo que padece y sabe,
cómo en su seno cabe
tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timon y rota,
que el ronco mar azota,
incendia el rayo y la borrasca mece
en piélago ignorado y proceloso,
nuestro siglo-coloso
con la luz que le abrasa, resplandece.

¡Y está la playa mística tan léjos!...
á los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracan arrecia, el bajel arde,
y es tarde, es ¡ay! muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fé? Corcel sin freno,
á todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y á través de intrincadas espesuras,

desbocado y á oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adónde?... El pensamiento humano
en vano lucha, en vano
su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
y no aclara el problema,
ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
que tu poder no ha muerto!
Salva á esta sociedad desventurada,
que bajo el peso de su orgullo mismo
rueda al profundo abismo,
acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de tí se aleja,
en nuestras almas deja
el gérmen de recónditos dolores,
como al tender el vuelo hácia la altura,
deja su larva impura
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusion honda y sombría

es, Señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
dí á nuestra fé desalentada y yerta:
—¡Anímate y despierta!
Como dijiste á Lázaro:—¡Levanta!—

30 de Junio de 1874.

PARÍS.

Una calle de la capital de Francia en 1871.—Vénse á lo léjos las llamas del incendio de las Tullerías, del Palacio de la Ciudad, del Ministerio de Hacienda y de algunos edificios particulares.—Grupos de hombres, mujeres y muchachos harapientos cruzan tumultuariamente la escena en direcciones contrarias, dando gritos desaforados.—A intérvalos atruena el espacio el estampido del cañon.—Es de noche.

BURGUÉS.—DEMAGOGO.

BURGUÉS.

¿Á dónde vás, blandiendo enardecido
esa antorcha fatal?

DEMAGOGO.

Corro á la lucha.
¡Ay! el ronco y frenético alarido
que amedrentada tu conciencia escucha,

es la voz de la plebe que se agita
y me llama á la lid...

BURGUÉS.

¡Terrible acento
en donde el ódio universal palpita!

DEMAGOGO.

Dí, más bien, el humano sufrimiento.
Dí, más bien, el dolor acumulado
por largos años de opresion, que estalla,
y como el hondo mar alborotado
no reconoce á sus furores valla.
Esa masa viviente es el compendio
del infortunio y la miseria...

BURGUÉS.

¡Oh, calla!

DEMAGOGO.

El populacho vil, la ruin canalla,

el Cristo expuesto á duro vilipendio
de siglo en siglo, os llama á la pelea,
y por el mundo atónito pasea
su igualadora cólera: el incendio.

BURGUÉS.

En el nombre de Dios te cierro el paso.

DEMAGOGO.

¿En el nombre de Dios...? ¿Existe acaso?
Aparta, ó con la punta de mi daga
ancho camino me abriré. ¿Y se atreve
tu voz sumisa, que el terror apaga,
á invocar ese nombre? No: no cedo.
Dios es vana invencion, Dios es el miedo
que sujeta las iras de la plebe.
Rota está la cadena. ¡La habeis roto!
Vuestra burla sacrílega y aleve
hizo pedazos el fraterno voto
que ennoblecia el corazon humano.
¡Ya nuestra queja se trocó en rugido!
¿Sin el temor de Dios vive el tirano
y quereis que le sienta el oprimido?

BURGUÉS.

¡Calla, insensato, calla!

DEMAGOGO.

Si mis labios
ofenden tu pudor, hieren tu oido,
no me culpes á mí, culpa á tus sabios,
que del error apóstoles han sido.
¿Imaginais quizás que entre los muros
de los liceos, áulas y academias,
mueren como un rumor vuestros impuros
alardes, vuestras cínicas blasfemias?
El verbo humano, como el sol, inunda
de luz, hasta los ántros más oscuros,
y en el fango los gérmenes fecunda.
Las alas de la voz toma la idea:
halla el espacio á su altivez estrecho,
y encarna, alienta, se trasforma en hecho
al surgir del cerebro que la crea.
Y yo, que sólo para odiaros vivo,
soy el hecho feroz y vengativo,
brutal engendro de la ciencia atea.

BURGUÉS.

Recobra tu razon. ¿Dónde, iracundo,
pretendes ir? El vértigo te arrastra.
París, cabeza y corazon del mundo,
tiembla de espanto en su soberbio trono.
¡Es tu madre!

DEMAGOGO.

¡Mentira! Es mi madrastra,
y acrecientan sus crímenes mi encono.
¡París, París! Impúdica sirena,
mónstruo de iniquidad, que en áurea copa
de vil deleite hasta los bordes llena,
brindas tu inmensa corrupcion á Europa.
¿Habrá quizás costumbre disoluta,
lúbrico anhelo, crapulosa orgía
que ignores tú, malvada prostituta,
más codiciosa y torpe cada dia?
A la márgen sentada del camino,
con faz lasciva y desenvuelto pecho,
ofreces al cansado peregrino
en tu ardiente regazo inmundo lecho.

Y en él duerme las horas sin medida
del ócio y del placer, y allí envilece
los más santos afectos de la vida,
el sentimiento del deber olvida
y en rápidos instantes envejece.
¿Qué has hecho tú de la conciencia humana?
¿Qué fibra has respetado? ¿Qué pureza
ha resistido á tu atraccion tirana?
¿Dónde acaba tu infamia? ¿Dónde empieza?
Al calor de tus locos devaneos,
bajo el goce bestial que los hostiga,
van en tí, como indómita cuadriga,
sueltos y desbocados los deseos.
Templos, circos, palacios, coliseos,
aras son, que erigiste á la Materia,
tu Dios y el mio, y despreciable en todo,
en abismos de horror y de miseria
fabricas sus imágenes de lodo.
Infecto lodo, que de tí recibe
la forma de mujer encantadora,
que en tus dorados lupanares vive
y tus incáutas víctimas devora;
que el más helado corazon inflama
y con brazos de fuego le encadena,
porque es su cuerpo de fundente llama,

su risa de ángel, su intencion de hiena.
Todo se agita y se revuelve en torno
de esa deidad abominable, impura:
la moda, esclava complaciente, apura
los torpes incentivos del adorno,
la industria sus caprichos, la pintura
sus colores, sus fúlgidos destellos
la rica y avarienta orfebrería,
que concentra la luz en los cabellos
y el albo seno de la diosa impía.
El arte, como viejo descreido
á quien el ánsia de gozar ofusca,
á tus plantas postrado, sólo busca
el halago grosero del sentido.
Y el noble coro de las Nueve Hermanas,
con ardiente y frenético arrebato
al pié del ara sin descanso gira.
Terpsícore desnuda á las livianas
danzas se entrega; desgreñada Erato
entrelaza de pámpanos su lira;
mancha Talía la ruidosa escena
con la farsa sacrílega y obscena,
y ennegreciendo su inmortal destino
Euterpe licenciosa, con garganta
seca y enronquecida por el vino,

báquicos himnos al desórden canta.
Muerta está la virtud, el honor muerto,
y es difícil hallar en el naufragio
tabla de salvacion y amigo puerto;
que todo con sus olas lo han cubierto,
la lujuria, el escándalo y el ágio.
Vencida por tus ciegos apetitos,
¡adúltera ciudad! ¡vaso de horrores!
no has escuchado los tremendos gritos
de los ódios, venganzas y rencores
que en la noche sin fin de tus placeres
la insaciable codicia aglomeraba.
Cegó tus ojos engañosa nube,
y hoy, del abismo á devorarte sube,
tu propio cieno convertido en lava.
¡No tuviste piedad y no la esperes!
¡Ya tu grandeza vergonzosa acaba,
pudridero del mundo!

BURGUÉS.

¿Qué más quieres!
Deja que la oracion reparadora
restaure su virtud, si te horroriza
la triste enormidad de sus pecados.

DEMAGOGO.

Si es que sabe rezar, rece en buen hora.
Mas que humille su frente en la ceniza
de sus ricos alcázares quemados.
¡Yo no sé perdonar!

BURGUÉS.

Pero ¿qué dices?
aborto de impiedad, Caïn eterno,
árbol de maldicion cuyas raíces
se pierden en las sombras del infierno?
Tú, plebe inculta, que la férrea mano
alzas contra la ley; tú, que exasperas
todas las iras del linaje humano;
tú, sierva imbécil de Neron tirano;
tú, la más implacable de sus fieras,
cuando en el ancho Circo recogias
el pan mojado en sangre generosa,
y el salvaje espectáculo aplaudias;
tú, que en el trance memorable y triste
de nuestra redencion, con pavorosa
maldad y corazon empedernido,

cuando á tu antojo disponer pudiste
del Justo y del culpado, preferiste
á la vida de Dios la de un bandido;
tú que en todos los tiempos has vendido
tu libertad al déspota, tu diestra
al crímen, tu razon á la mentira,
incitadora de Marat, maestra
de Robespierre, horror de quien te mira;
¡tú, trasformada en juez! ¿Con qué derecho?
¿Con qué razon?

DEMAGOGO.

Con la razon del hecho.

BURGUÉS.

El orgullo te ciega. ¿Qué has logrado,
ni qué podrás lograr? Surco profundo
abre en la tierra el hierro del arado;
pero nada produce, nada crea
si falta la semilla. Es infecundo.
¿Qué semilla es la tuya? ¿Con qué idea
piensas regir y dominar el mundo?
¿Qué nueva y santa religion proclamas?

¿Qué salvadora aspiracion? ¿Qué quieres?
De Dios reniegas, su justicia infamas,
intentas convertir nuestras mujeres
en hembras viles, quebrantando el lazo
que la pasion con el deber concilia,
que dignifica el conyugal abrazo
y consagra el hogar de la familia.
Odias la autoridad, odias el freno
social, odias la paz, y avaricioso
pones los ojos en el bien ajeno,
que juzgas propio en tu soberbia insana:
la bestia es tu idëal ignominioso,
y en la sorda explosion de tu perfidia
quieres pasar sobre la raza humana
el nivel vengativo de tu envidia.
¿Cómo podré negar que la gangrena
nos roe el corazon? ¿Que sube y crece
la letal podredumbre, y envenena
el aire, y las conciencias oscurece,
y nuestras almas débiles estraga?
¿Quién no ve con terror el precipicio?
Pero nosotros á la inmunda llaga
llamamos llaga inmunda, y vicio al vicio.
¡Aun tenemos pudor! Y aunque condenes
nuestra depravacion, tú no le tienes,

Guardamos, llenos de dolor, oculto
el canceroso mal dentro del pecho.
Tú le eriges altar, le rindes culto
y le llamas ¡ oh bárbaro ! Derecho.
¡ No pretendas vencer ! Sangrienta guerra
tus cadenas rompió, y alborotado
haces crujir los ejes de la tierra;
pero otra vez á tu cubil, atado
te volverá la indignacion humana.

DEMAGOGO.

No podrá.

BURGUÉS.

¡ Los instantes son supremos !

DEMAGOGO.

Soy tu señor; ¡ humíllate !

BURGUÉS.

Mañana
aplastaré tu frente.

DEMAGOGO.

¡ Lo veremos !

BURGUÉS.

Para lanzarte en el profundo abismo...

DEMAGOGO.

Para romper tu insoportable yugo
yo tengo mi rencor...

BURGUÉS.

Yo mi egoismo.

DEMAGOGO.

Yo el incendio voraz.

BURGUÉS.

Y yo el verdugo.

EL POETA.

¡Error, error! Ni el egoismo ciego,
ni el ódio, ni el verdugo, ni la llama
podrán domar el concentrado fuego
que vuestros fieros ánimos inflama.

Y será más terrible y más sombría
la espantosa tragedia, si en la lucha,
la ronca voz de la venganza impía
vuestra loca pasion tan sólo escucha.

¡Oh santa Caridad, hija del cielo,
hermana del dolor, virtud sublime,
que el bálsamo divino del consuelo
ofreces ¡ay! al corazon que gime;

y tú, Resignacion, tú, fortaleza
del desgraciado, que en sus tristes horas
levanta con orgullo la cabeza,
si le prestas valor y con él lloras;

devolved á las almas el reposo,
y en medio de este piélago alterado,
amansa, ¡oh Caridad! al poderoso,
templa ¡oh Resignacion! al desdichado.

París. — 18 de Julio de 1873.



Á VOLTAIRE.

Eres ariete formidable: nada
resiste á tu satánica ironía.
A través del sepulcro todavía
resuena tu estridente carcajada.
Cayó bajo tu sátira acerada
cuanto la humana estupidez creía,
y hoy la razon no más sirve de guía
á la prole de Adan regenerada.
Ya sólo influye en su inmortal destino
la libre religion de las ideas;
ya la fé miserable á tierra vino;
ya el Cristo se desploma; ya las teas
alumbran los misterios del camino;
ya venciste, Voltaire. ¡ Maldito seas!

Julio de 1873.

FIN.

NOTAS.

(1) *La Guerra*, página 38.

Esta poesía forma parte de una coleccion de diálogos humorísticos, que bajo el título de *Cuentos de la otra vida*, escribí desde 1854 á 1857, con esa irreverencia escéptica y poco reflexiva de la juventud, que nada respeta y á todo se atreve. Animado por la favorable acogida que alcanzaron estas composiciones en las *reuniones literarias*, que por entónces daba semanalmente en su casa, mi distinguido amigo D. Gregorio Cruzada Villaamil, y á las cuales concurrian muchos personajes políticos, algunos nombres ya ilustres en las letras y en las artes, y casi todos los que á la sazon empezábamos nuestra carrera, traté de publicar en un tomo estas desenfadadas poesías; pero los acontecimientos políticos, torciendo el curso de mis ideas, me apartaron del propósito que habia formado, y á la verdad no lo siento. He vacilado mucho, ántes de decidirme á insertar en la presente coleccion este diálogo, que es, si no me engañan las reminiscencias que conservo, el más comedido y mejor intencionado de cuantos en aquella época compuse, y ya he perdido; pero al cabo me he determinado á incluirle con algunas correcciones y atenuaciones, porque siempre es curioso ver de qué modo se modifican, alteran y trasforman radicalmente los gustos, el estilo y hasta los sentimientos de un autor, siquiera sea de tan escasa valía como yo, con el trascurso de los tiempos y las en-

señanzas de la vida. ¿Qué queda del escritor satírico que apuntaba en estos *Cuentos*? Apenas nada. Aquella musa sarcástica de mis primeros años, ha huido con mi juventud bulliciosa; mis epigramas se han convertido en elegías, y lo que ántes me hacía reir, ahora me inspira compasion ó me aflige. No sé si he perdido como poeta; pero sé que he ganado como hombre, y doy gracias á Dios por el cambio.

(2) Soneto á *España*, página 63.

Escrita y publicada en circunstancias azarosas y difíciles, cuando el sentimiento revolucionario estaba más vivo en la opinion, porque no habia aún prevalecido esta poesía, atrajo sobre mí acerbas censuras. Uno de nuestros más reputados autores dramáticos, me impugnó en otro soneto, que siento no conservar, en el cual, si no contradecia, atenuaba por lo ménos mis desconsoladoras afirmaciones. Hoy sospecho que no piensa lo mismo que entónces: aquel era el período de las esperanzas, y ya hemos entrado en el de los desengaños. Siete años despues otro escritor distinguido, D. Cárlos María Perier, que habia condenado el espíritu de mi composicion, creyéndola exageradamente pesimista, se arrepentia noblemente del mal juicio que de ella y de su autor habia formado, dándome la razon, ó más bien, reconociendo con ingénua franqueza que los hechos me la habian dado. Recordaba y reproducia á este propósito en el número de la *Defensa de la Sociedad*, correspondiente al 10 de Mayo de 1873, mi asendereado soneto, y escribia á continuacion los siguientes párrafos, que no por el elogio inmerecido que contienen, sino por la justicia que implícitamente hace en ellos á mis sentimientos, le estimo y agradezco con toda el alma.

«Como el amor de la patria algo participa, y debe participar, (dice el señor Perier en la citada *Revista)*, del amor y veneracion de los hijos á la madre, que no consiente oir hablar mal de ella sin un estremecimiento de vivo pesar, sucedió que á cierto lector hubo de parecerle este soneto, aunque literariamente bello, duro y cruel moralmente considerado, y á mayor abundamiento

algo injusto. Y escribió al márgen de la composicion las siguientes líneas:

Al mirar tan honda saña
claro se ve como el sol,
que el soneto no es á España,
ó el autor no es español.

Corrieron los tiempos: y el *respeto* y la *obediencia* verdaderamente rotos, y el freno de *Dios* y de la ley perdidos en grandísima parte, y el aire de *tempestad* horrible volcando instituciones y principios fundamentales de vida, han hecho venir á las mientes del lector citado los versos rotundos y vigorosos del soneto antiguo y sus tristísimos y acerados conceptos. Ha vuelto á leerlo y ha sentido el mismo estremecimiento de vivo pesar que sintió hace seis años: pero en vez de las puntas de indignacion que entónces brotaron en su ánimo, hoy han subido llamaradas de rubor á su rostro, y despues ha sobrevenido á su alma gran desfallecimiento: la duda de si tales y tan acerbas palabras serian un infausto vaticinio, asalta y mortifica su espíritu, segun la confidencia que al oido nos ha hecho.

¡Ah! cuando un pueblo *la virtud olvida*, lleva consigo la peor tiranía, la *tiranía de los vicios*. ¡Qué verdad tan grande!»

Pero ¿á qué seguir? Todos, y yo el primero, á pesar de mis dudas é incertidumbres, nos dejamos llevar entónces de una ilusion halagüeña, que desgraciadamente no se ha realizado. Mas no desmerece por eso la intencion generosa que nos animó, ni lo habremos perdido todo, si aprovechamos la dolorosa enseñanza de estos seis últimos años para no pedir en lo sucesivo á los procedimientos de fuerza, lo que quizás por camino más largo, pero más seguro, podemos alcanzar con el auxilio de la razon y con el honrado ejercicio de nuestros derechos de ciudadanía.

(3) *La Duda*, página 64.

Los *Juegos florales* que anualmente acostumbran á celebrar en la capital del Principado los poetas catalanes, se verificaron en 1868 con inusitada pompa. Mi memoria me es infiel, y no

recuerdo si fué á mediados de Abril ó á principios de Mayo cuando se realizó la justa literaria; pero no he olvidado el mérito sobresaliente de las poesías que se presentaron al concurso y obtuvieron premio, ni el entusiasmo con que los escritores catalanes contribuyeron al nuevo florecimiento, por cierto digno de estudio, de una literatura que parecia hace muy poco tiempo muerta, y que hoy cuenta ya con poetas líricos de gran valía, autores dramáticos fecundos é intencionados, novelistas de nota y concienzudos historiadores. Con una galantería, ó mejor dicho, con un espíritu de fraternidad merecedor de los mayores elogios, el *Consistorio* que presidia los *Juegos florales* en el referido año, invitó á los poetas provenzales, mallorquines, valencianos y castellanos á la fiesta del *gay saber* que habia preparado. Acudieron al llamamiento el inspirado autor de *Mireio*, Federico Mistral, y la pléyade ilustre de trovadores de Provenza, en la cual figuran Aubanel, Roumanille, Roumieux, el príncipe Bonaparte Wysse y otros muchos que tan alto han levantado el crédito de la *felibrería* en el Mediodía de Francia. Tambien asistieron gran número de poetas valencianos y mallorquines, cuyos nombres no cito, porque no acordándome de todos, no quiero agraviar á ninguno con la omision; y como representantes de la literatura castellana, concurrimos á la solemnidad el nunca bastantemente celebrado Zorrilla, mi maestro y amigo; Ruiz Aguilera, cuya musa es cada dia más jóven, más brillante y más sentida, y yo, que alcancé la honra de acompañarlos, por la circunstancia de hallarme á la sazon en Barcelona.

El *Ateneo Catalan*, no ménos afectuoso que el Consistorio de los *Juegos florales*, invitó á los poetas forasteros á una lectura pública, y en ella dí á conocer por primera vez la *Epístola* que origina la presente nota. Publicada despues en el periódico *La Época* de Madrid, é impresa además en Barcelona, en cuaderno aparte, por la iniciativa de varios amigos que habian manifestado deseos de poseerla, esta poesía, que bajo tan buenos auspicios nació, ha obtenido, como ninguna otra de las mias,

los favores de la fortuna. Conozco ediciones de ella hechas en Buenos-Aires, Chile, Nueva-Granada y otros puntos de la América española, y guardo como un recuerdo las cartas cariñosísimas y los elogios apasionados con que me han honrado desde aquellas remotas regiones personas que, sin conocerme, han tenido la bondad de dirigirse á mí, con motivo de la referida composicion. En medio de los sinsabores y amarguras de la vida literaria, no negaré que esto me ha proporcionado más de un momento de satisfaccion, y no quiero desaprovechar la oportunidad que se me ofrece de expresar públicamente mi gratitud á los poetas y críticos americanos á quienes he debido distincion tan señalada, tanto más digna de reconocimiento, cuanto ménos merecida.

(4) *A Darwin*, página 102.

No son nuevas, ni mucho ménos, las audaces teorías expuestas por Cárlos Darwin y su escuela sobre el orígen del género humano, teorías que tan profunda influencia han ejercido y ejercen aún en la filosofía contemporánea, y que son la base más sólida del materialismo moderno. Con un espíritu de observacion vivo é ingenioso para encontrar semejanzas y explicar fenómenos, Mr. Darwin, á quien, si no es posible conceder la invencion del sistema que lleva su nombre, no puede negársele ni el método, ni la claridad, ni el atrevimiento para exponerle, ha llegado de deduccion en deduccion hasta afirmar rotundamente en su obra *Descent of man and selection in relation to sex* publicada en 1871, que el «hombre procede de un cuadrúpedo cabelludo, de larga cola y orejas puntiagudas, nacido para vivir habitualmente en los árboles.» La doctrina de la seleccion natural, es decir, de la trasformacion gradual y sucesiva de las especies, obedeciendo á fuerzas ciegas y leyes inmutables de la materia, ha penetrado, como he dicho, en la alta esfera de la filosofía, y hay quien explica ya por este principio el desenvolvimiento de la humanidad en la historia. Entre otros, Herbert Spencer sostiene, que los movimientos sociales y políticos

son debidos á causas puramente naturales, extrañas á la voluntad de Dios y al trabajo de los hombres, y partiendo de este fatalismo humillante, niega la accion de la autoridad y de la libertad, la nocion del derecho, la virtud salvadora de las religiones y hasta la influencia moralizadora de la instruccion pública en las costumbres. Segun este apóstol del materialismo moderno, la fé en los libros y en las ciencias es una de las más funestas preocupaciones de nuestro siglo, porque la menor ó mayor suma de conocimientos, el mayor ó menor grado de ilustracion general á que pueden llegar los pueblos, no influyen lo más mínimo en las evoluciones de la humanidad, que se realizan inevitablemente por las solas fuerzas de la naturaleza. De esto á proclamar la excelencia de la bestia sobre el hombre, no media siquiera un paso. ¡Ay! Cuán cierto es que á medida que el entendimiento humano, por sagaz y perspícuo que sea, se aleja de Dios, cáe en las sombras más profundas y en las más monstruosas aberraciones!

(5) *A Castelar*, página 145.

Faltaria á un deber de conciencia, si al publicar esta poesía, inspirada por el espectáculo que ofrecia en 1873 nuestra desgraciada patria, devorada en las ciudades por la anarquía, en los pueblos por el fanatismo socialista, y en las Córtes por las pasiones más aviesas, no hiciera justicia á la rectitud de alma, al valor cívico y á los sentimientos patrióticos de mi antiguo y querido amigo Castelar, que fué el primero en iniciar dentro de su partido la resistencia, y que dió claras muestras de ser en aquellos azarosos dias, no sólo un gran tribuno, sino un honrado ciudadano. Él comenzó la reorganizacion del ejército, que estaba moral y materialmente disuelto; reprimió hasta donde le fué posible, el desórden, y procuró salvar la libertad, combatiendo rudamente la licencia, que la hacía odiosa. Siempre recordaré con admiracion el elocuente discurso que pronunció en la memorable noche del 2 de Enero de 1874, y que fué más que un discurso, un acto de generosa energía.

Malográronse sus esfuerzos en aquella noche terrible, porque las Córtes republicanas habian perdido el juicio, y adolecian ya de esa ceguera que Dios envia á todos los poderes desatentados en la hora de su muerte; pero no por eso la actitud resuelta y patriótica del señor Castelar es ménos digna de elogio. Dijo á su partido la verdad, y no fué atendido; mostróle el abismo hácia el cual corria precipitado, y nadie hizo caso; intentó despertar el sentimiento del deber en aquella masa caldeada de egoismos impuros, y sólo logró excitar la cólera de una mayoría absurda, que entónces no quiso vivir y pocas horas más tarde no supo morir. El único error del señor Castelar fué el de no haber comprendido de antemano, que la república en nuestro país, tal como él y sus amigos la habian predicado y de la manera con que se habia impuesto, sólo podia producir los amargos frutos que produjo: el eclipse de la libertad, el delirio de la calentura y los horrores de la violencia.

Pero trató de remediar el mal causado, y esto atenúa la trascendencia de un error, que nunca ha perturbado la nobleza de su corazon, por más que haya empañado durante muchos años la claridad de su inteligencia.

ÍNDICE.

15

Páginas.

OBRAS DRAMÁTICAS

DEL MISMO AUTOR.

DRAMAS EN TRES Ó MÁS ACTOS.

DEUDAS DE LA HONRA, en verso.
HERIR EN LA SOMBRA, idem.
LA JOTA ARAGONESA, idem.
JUSTICIA PROVIDENCIAL, idem.
EL HAZ DE LEÑA, idem.

COMEDIAS EN TRES ACTOS.

QUIEN DEBE, PAGA, en verso.
NI TANTO NI TAN POCO, idem.

COMEDIAS Y DRAMAS EN UN ACTO.

¿QUIÉN ES EL AUTOR? en verso.
LA CUENTA DEL ZAPATERO, idem.
¡COMO SE EMPEÑE UN MARIDO!... idem.
EL LAUREL DE LA ZÚBIA, idem.

Los dramas HERIR EN LA SOMBRA, LA JOTA ARAGONESA y EL LAUREL DE LA ZÚBIA han sido escritos en colaboracion con D. Antonio Hurtado.

OBRAS PREPARADAS PARA LA IMPRENTA.

IDILIOS Y POEMAS.
SÁTIRAS Y ELEGÍAS.
MISCELÁNEA POLÍTICA Y LITERARIA.

